

Selección TERROR

Curtis Garland

MAS ALLA DEL SEPULCRO


SELECCION
TERROR

CURTIS GARLAND
MÁS ALLÁ DEL SEPULCRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 530
Publicación semanal EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

525 — *El coleccionista de cabezas.* Joseph Berna. 526 — *Amada bruja mía.* Lou Carrigan.
527 — *A gritos, me pedirás morir.* Ada Coretti. 528 — *El lama negro.* Ralph Barby.
529 — *Post mortem.* Frank Caudett.

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 9.426-1983 Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: mayo. 1983

2.a edición en América: noviembre. 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21.«501
Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

En la distancia, apareció el litoral, recortándose con verdes y oscuras tonalidades sobre el azul del mar tranquilo, terso como un espejo. Era como si un cálido e imaginativo pintor hubiese hallado en su paleta los más brillantes y bellos colores para trazar un cuadro de belleza majestuosa.

Sin embargo, sólo la propia Naturaleza había usado las pinceladas para crear tanto esplendor y colorido. El verde cambiante y profundo de la espesura, las palmeras y las suaves colinas cubiertas de hierba contrastaba con el amarillo dorado de la arena de las orillas, lamidas suavemente por azules transparentes que hadan del mar un prodigio de limpieza cristalina.

Evelyn suspiró, apoyada en la borda del buque, contemplando tanta belleza. El sol tropical prestaba a la panorámica isleña y marítima un resplandor luminoso y ardiente que realzaba los colores y los cambiantes matices de los mismos.

—¿Hechizada por el encanto de los trópicos?

Se volvió ligeramente al oír la pregunta a sus espaldas. Sonrió, agitados sus claros cabellos sedosos por la brisa tibia y perfumada, en la que se mezclaba el olor a salitre con el aroma de la vegetación ya cercana.

—Creo que si —admitió—. Todo esto es bellísimo.

El hombre joven que caminaba hacia ella, asintió, clavando sus ojos en la distancia. Se apoyó, como la joven rubia, en la borda de babor, para ensimismarse en la contemplación del paisaje.

—Estos lugares tienen embrujo, ya se lo dije antes —sonrió él—, Y eso que no ha visto más que el principio, señorita Corley.

—Señora —le rectificó ella con suavidad, sonriendo levemente—. Se lo he dicho ya varias veces...

—Muy cierto. Perdóneme. Pero no me hago a la idea de que sea ya una mujer casada, créame.

—Pues lo soy, aunque yo misma no acabe de creérmelo a veces —suspiró la joven risueñamente—. Después de todo, tampoco fue la clase de boda que una chica puede esperar. Pero lo cierto es que legalmente, soy la señora Corley. —Así es —asintió él—. A eso sí que no tengo nada que objetar. El matrimonio por poderes es perfectamente legal a todos los efectos. Supongo que, una vez en la isla, sin embargo, confirmarán ese enlace de forma definitiva...

—Eso imagino, si —afirmó la joven esposa—. Mi..., mi esposo nada me dijo en ese sentido. A fin de cuentas, ha sido solamente una ceremonia civil, ante un juez. Y yo soy católica, señor Dexter...

—Eso es evidente —dijo el viajero con leve sonrisa—. Su cruz no puede engañar a nadie.

Evelyn se tocó instintivamente la delgada cadena de oro que rodeaba su cuello, y de la que pendía una pequeña cruz del mismo metal. Luego afirmó despacio.

—Oh, sí, nunca me separo de ella —convino—. Es un regalo de mi madre. Le prometí no quitármela jamás.

—Tal vez la necesite ahí más que en ninguna parte —señaló él con un repentino ceño ensombreciendo su rostro. Y su cabeza señaló claramente hacia la verde y lujuriosa isla que se aproximaba por momentos a ellos a través del azul marino.

—¿A qué se refiere? —se extrañó Evelyn, mirándole con cierta perplejidad, y enarcando las cejas en un gesto de vaga inquietud.

—Oh, no, a nada —rechazó él con un suspiro—. ¿Nadie le ha hablado nunca de Haití en algún sentido?

—Oh, sí, por supuesto —los ojos azules de la joven se iluminaron, como si el propio resplandor de las regiones tropicales diese una claridad distinta al tono celeste de sus pupilas—. Me dijeron que es un lugar lleno de raros contrastes, con una política algo inquietante, una dictadura entre religiosa y supersticiosa... y donde la gente practica extraños ritos de magia africana. ¿Se refería a eso?

—Sí, en cierto modo —asintió Harry Dexter, su compañero de viaje, frotándose el mentón pensativo, mientras sus grises ojos estudiaban la isla distraídamente, como quien contempla una simple diapositiva en un proyector—, ¿No le mencionaron el *vudú*?

—De pasada. Si, algo me contaron sobre eso. El *vudú*, la hechicería... ¿De veras la gente practica esas cosas?

—Ya lo creo que las practican.

—¿Y sirven para algo en realidad?

Dexter se encogió de hombros, irguiéndose en toda su vigorosa y arrogante estatura. Miró a la joven, preocupado.

—Yo viajo a esas islas precisamente para conocer más a fon- do y en su propio feudo los rituales de la magia africana, del *vudú* y de todas sus variantes, señora Corley. Lo que sé sobre todo eso es tan poco, que cabría en media cuartilla. Mi próxima obra literaria versará sobre el *vudú*, precisamente, y deseo estudiar exhaustivamente la materia, a ser posible presenciando sus ceremonias más secretas. Es un tema que me fascina.

—Yo no creo demasiado en todas esas cosas. Siempre he pensado que

son sólo supersticiones, cosas en las que sólo tienen fe las personas ignorantes.

—Ojalá no tenga que cambiar nunca de opinión después de vivir en Haití, señora Corley. Pero permítame le dé un prudente consejo.

—¿Cuál?

—No diga esas palabras jamás delante de un haitiano, ya sea de raza blanca o negra. No desprecie el *vudú* ni nada de todo ello, se lo advierto.

—Lo tendré en cuenta. Era un simple comentario, pero no pretendo en modo alguno ofender a esa buena gente...

—Lo peor no es que las pudiera ofender... —se detuvo, como si se arrepintiese de lo que iba a decir, y meneó la cabeza, cambiando bruscamente de tema—. Supongo que aunque se casó por poderes, conocerá a su esposo de modo personal...

—¿A Jason? —Ella negó lentamente con la cabeza, dibujando en su rostro una leve sonrisa—. Pues la verdad es que no, señor Dexter. No le conozco en absoluto, salvo por una fotografía que me envió.

—Eso sí que resulta extraño. Casi novelesco, diría yo —y también el joven dibujó una intrigada sonrisa en su rostro enérgico y varonil—. Como en los relatos románticos...

—Mi esposo me temo que no tenga nada de romántico —musitó ella, moviendo la cabeza con pesimismo—. Me lleva la friolera de treinta y cinco años, señor Dexter. Y no es nada atractivo...

—Oh, lo siento —se mostró el joven viajero algo cohibido—. No debí ser tan imprudente...

—¿Por qué no? Es la pura realidad, señor Dexter, y no hay por qué ocultar. La mía es, en el fondo, una boda de conveniencia, como imagino que también lo ha sido por parte de él. Adquiere una esposa joven y normal parecida, a cambia de dinero. Yo necesitaba ese dinero. El, una esposa joven y atractiva. Es un pacto en el que ninguno engañamos al otro. Tal vez debería sentirme avergonzada de mi actitud, pero no es así.

—¿Avergonzarse? ¿Por qué motivo? Usted tomó una decisión, y no tiene por qué rendir cuentas a nadie de sus actos. Le aclararé que no necesitaba ese dinero para mí —suspiró la joven esposa tristemente—. Tal vez ello no me exima de haber aceptado semejante pacto, pero ante mi propia conciencia me siento tranquila y sin remordimientos ni autorreproches.

—Creo que es lo justo. No trato de ahondar en sus intimidades, créame.

—No hay mucha más que contar, a fin de cuentas. Respondí a un anuncio, y me casé por poderes. A cambio de eso, recibí una suma que me

era imprescindible para salvar una vida. Ahora debo pagar mi parte en el acuerdo. Por eso viajo hacia Puerto Príncipe, señor Dexter, a reunirme con mi esposo. El joven afirmó, eludiendo mirarla. La isla estaba cada vez más cerca. Numerosos islotes aparecían por doquier, salpicando el mar, y las embarcaciones de recreo o pesqueras, comenzaban a surgir acá y allá, navegando mansamente en torno a las islas caribeñas.

—Sólo espero y deseo que sea realmente feliz con él, pese a la diferencia de edad —manifestó—. Después de todo, eso no es totalmente imposible, si tropieza con un hombre bueno y afectuoso, aunque esté lejos del ideal romántico de toda mujer.

—Por lo que tengo entendido, es una buena persona y un hombre capaz de hacer feliz a una mujer, pero sólo hablo por referencias —suspiró la joven —. Tengo que comprobar todo eso en la realidad. Le confieso que, pese a todo, estoy algo asustada...

—La comprendo bien —asintió él, sonriente, encendiendo un cigarrillo, tras ofrecerle a ella tino que fue rechazado—. Es posible que su esposo también sienta algo de miedo en estos momentos...

—Sí, quizás. Pero él, cuando menos, tiene familia a su lado para sentirse apoyado en sus momentos de debilidad.

—¿Familia? ¿Sabe si ella aprueba su decisión de casarse por poderes con una joven desconocida?

—Supongo que lo aprueba, pero no lo sé con seguridad. Cuando menos, hay alguien que sí acepta de buen grado ese hecho, e incluso me ha escrito al respecto. Por eso le dije que me habían informado del carácter de mi esposo. Fue su propia sobrina la que lo hizo. Lori Corley es quien me decía que no iba a sentirme demasiado arrepentida de unir mi destino al de su tío Jason. Parece una buena chica, a juzgar por la carta que me escribió a Caracas apenas supo de mi aceptación al anuncio de su tío.

—¿Usted residía en Caracas?

—Sí —afirmó la joven—. Mi padre era técnico petrolífero para una empresa venezolana. Murió en un accidental incendio de un pozo de petróleo, hace años. Yo era oficinista en la misma empresa, pero mi sueldo era muy bajo. Demasiado, para poder atender la enfermedad de mi hermana Claire, ahora hospitalizada adecuadamente en Nueva York, tras ser trasladada en avión desde Venezuela, a causa de una dolencia grave de tipo cardiovascular que precisará una costosa intervención quirúrgica en breve plazo.

—Comprendo —Harry Dexter la contempló con auténtica admiración y respeto—. Lo que ha hecho merece que todo le vaya en la vida lo mejor posible, señora Corley. Ha sido un gran sacrificio, evidentemente. ¿No había

realmente otra salida?

—No, no la había. Venezuela vive una época de crisis. Y mi propio país tampoco ha podido o querido ayudarme demasiado en el lance. Todo dependía de mí. Y ese anuncio fue mi única posibilidad.

—Créame, se merece un futuro maravilloso. Sólo espero que sea realmente así... Ahora, deberá disculparme. Ya estamos muy cerca de puerto. Debo preparar aún mis maletas.

—Por supuesto —sonrió la joven—. Yo tengo ya todo a punto. Estoy impaciente por abandonar este barco y pisar tierra. La familia de mi esposo estará esperándome en el muelle, según me indicaron, dado que él está algo indispuesto últimamente.

El viajero se despidió cortésmente de ella con una inclinación y tomando su mano en forma caballerosa. Evelyn se quedó en cubierta, asomada a la borda, su mirada fija en la costa de Haití, cada vez más próxima.

Realmente, no había mentido. Ansiaba pisar tierra firme, dejar atrás el barco que la había trasladado desde La Guaira hasta las antillanas islas que eran su actual destino. Pero lo cierto es que, al mismo tiempo, también temía ese instante, por lo que suponía de enfrentamiento con un incierto destino que ella misma había elegido, renunciando de antemano a todas las ilusiones y sueños que toda mujer en plena juventud puede albergar en su pecho.

No sólo sabía pocas cosas de su actual esposo, sino que iba a encararse con un mundo nuevo y distinto, con el que ella no había tenido antes contacto. Según el anuncio ofreciendo matrimonio por poderes, Jason Corley era un hombre de cincuenta y ocho años de edad, rico y respetado en Haití, propietario de una gran finca al norte de Puerto Príncipe, en las proximidades de Saint Marc, donde disponía de numerosa servidumbre nativa y convivía con algunos parientes.

Eso era todo cuanto supo, hasta que Lori Corley, sobrina de Jason, le escribió, tras responder ella al anuncio y ser aceptada por el hacendado, a la vista de su fotografía, referencias e historial, le amplió algunos detalles sobre el hombre maduro que iba a ser compañero de su vida de allí en adelante. Según Lori, su tío Jason era un hombre bueno y recto, honesto y respetado, pero de carácter difícil, genio vivo, inteligencia vivaz y espíritu más bien introvertido, poco dado a los placeres mundanos, sobrio algo autoritario, aunque en modo alguno tiránico ni violento.

Todo eso, en el fondo, apenas si significaba nada. Seguía sin saber mucho del hombre con quien tendría que acostarse durante las noches, convivir durante los días, incluso tal vez fingirle amor o deseo, si a ello se la obligaba. Formaba parte del convenio establecido. Después de todo, su envío inicial de cinco mil dólares en efectivo, habían sido la panacea anhelada para poder enviar a su hermana Cheryl a los Estados Unidos para intentar sanarla del

maltrecho corazón.

Por eso sentía miedo a pisar tierra haitiana. Sería como penetrar en un mundo desconocido, quizás amable, quizás ominoso, pero nunca todo lo feliz que una joven de veintitrés años, agraciada y atractiva por añadidura, podría anhelar en esta vida.

No se arrepentía de nada. Pero nada ni nadie podía evitar que siguiera sintiendo temor al inmediato futuro. Dependía de él tantas y tantas cosas...

Cosa de una hora más tarde, el buque venezolano estaba en puerto haitiano, y la pasarela unía la cubierta con la tierra firme de Puerto Príncipe. Aún vio, mientras descendía con sus dos livianas maletas, donde llevaba todo lo que poseía en este mundo, a su compañero de viaje, el simpático y joven caballero Harry Dexter, escritor de libros y artículos de .viajes en algunos magazines geográficos de Europa, descendiendo a tierra entremezclado con la gente. Se despidieron mutuamente con un movimiento de cabeza, dejando de verse casi de inmediato, en medio del abigarrado y colorista caos del muelle isleña donde blancos, mestizos y negros se entremezclaban en confuso tropel, ruidosamente, teniendo por fondo las edificaciones coloniales de la ciudad, muchas de ellas influenciadas por la huella española del pasado, y otras con la impronta inconfundible de la civilización francesa, también muy presente en el lugar.

Avanzó decidida hacia donde se alineaban vehículos de alquiler, taxis o carruajes de caballos de pintoresca apariencia, al no advertir en torno suyo presencia alguna que le permitiera suponer que era esperada, como se anunciara, por familiares de su esposo.

Se equivocó. Estaba justamente a quince o veinte pasos de los vehículos de alquiler, cuando una voz suave la interpeló:

—Perdone. ¿Es usted la señora Corley? ¿Evelyn Corley, de soltera Evelyn Moore?

Se volvió, dejando las maletas en el suelo. Se encontró con una pareja de personas que no eran quienes había podido esperar que acudieran a recibirla. El hombre era un mulato de piel color canela, pelo rizoso y poderosos músculos, a cuyo tórax potente se adhería una camiseta a rayas horizontales rojas y blancas. Ella, una negra de piel lustrosa y pelo ensortijado, con grandes ajorcas doradas colgando de sus orejas, y ropas de colorines envolviendo una figura esbelta pero de acentuadas y sensuales curvas.

—Yo soy —dijo brevemente la joven, algo confusa—. ¿Y ustedes...?

—Servidores del señor Corley. Venimos a recogerla para llevarla al Delfín.

—¿El Delfín? —se extrañó ella—, ¿Qué es eso?

—La propiedad del señor Corley. La suya también ahora, señora Corley —explicó el mulato, sonriente, dejando arrastrar sus palabras en una cadencia suave, ceceante, muy cercana al *creole,* o lengua criolla haitiana, originaria de los bucaneros franceses de los siglos XVI y XVII—. Está al norte del país, bastante alejada de aquí. Los conductores saben dónde está, pero creímos preferible ser nosotros quienes la lleváramos a su nueva casa...

—Muy amable de vuestra parte —sonrió la joven—. Pero esperaba a los parientes de mi esposo en el muelle...

—Ellos no pudieron venir, señora —explicó la negra en ese punto, con voz profunda y cadenciosa—. Tenían que asistir al velatorio y al funeral, naturalmente...

—¿Velatorio? ¿Funeral? —se inquietó Evelyn, mirando aprensiva a ambos servidores—. ¿De quién?

—Señora, es lamentable tener que informarla... —suspiró el mulato tristemente, moviendo la cabeza de un lado a otro —. Pero el señor Corley, su esposo... murió anoche... y hoy será sepultado.

CAPÍTULO II

Los lúgubres cánticos formaban una extraña e inquietante letanía en la distancia.

Evelyn no pudo por menos de estremecerse mientras rodaba el automóvil, serpenteando por el ondulado sendero que, en medio de la espesa fronda tropical, de adentraba por entre las colinas para alcanzar aquel amplio llano donde crecían los altos platanares, salpicando las plantaciones de yuca, algodón y café, así como la frondosa caña de azúcar que se extendía durante millas enteras por doquier.

Un aire espeso, cálido y profundamente húmedo, planeaba sobre las regiones norteñas de la isla, y las nubes formaban masas brumosas en las verdes cumbres onduladas, allá en el horizonte.

La franja azul del mar había vuelto a aparecer en la distada, delimitando las feraces tierras productivas, a la altura de Saint Marc, la población en cuya vecindad se alzaba El Delfín, la finca propiedad de Jason Caorley.

A medida que se iban acercando a su destino esos cánticos crecían en intensidad y volumen. Pudo vislumbrar ya a numerosas personas de color de ambos sexos, ataviadas con ropas de vivos colores, moviéndose como en una interminable procesión hacia un alargado edificio colonial, que se erguía en medio de un claro ovalado, circundado durante millas y millas por el algodón y el café, productos principales de aquella hacienda, a juzgar por las apariencias.

Ante la casa, los numerosos trabajadores de las tierras de cultivo iban formando una amplia herradura de grupos arrodillados, en oración profunda. De sus carnosos labios escapaban murmullos donde el *creole* y el español se entremezclaban con un francés imperfecto, en plegarias fúnebres a la memoria del difunto.

No podía decirse que fuese una alegre recepción la que le ofrecía Haití, pero lo cierto es que Evelyn se sentía demasiado aturdida y confusa con la noticia de que era viuda antes casi que esposa, para pensar en otra cosa que no fuera el hecho trágico de que su marido por poderes estaba ya muerto antes de pisar ella la isla.

Cuando el coche en el que la habían llevado desde Puerto Príncipe los dos sirvientes de color, se detuvo ante la puerta de la casa, los numerosos trabajadores negros fijaron en ella sus miradas. Evelyn creyó advertir en aquellos rostros, oscuros y brillantes, una mezcla de temor y de respeto, pero también de superstición y de recelo hacia su persona. Se preguntó interiormente si no era aquello como introducirse de súbito en un mundo nuevo y desconocido, donde la hostilidad y la incomprensión iban a ser las peores murallas puestas ante su camino en lo sucesivo.

Pero procuró apartar esas ideas de su mente, y penetró en la casa, mientras el mulato, de quien sólo sabía para entonces que se llamaba François y trabajaba allí como una mezcla de chófer y criado para todo, seguía adelante con el vehículo, rodeando el edificio para encerrarlo en el garaje, según la había indicado a ella.

La negra acompañante, que sabía ya se llamaba Zora, se limitó a saltar del vehículo, siguiéndola en silencio, dócilmente, como si fuese un perrillo faldero. Evelyn no preguntó nada, imaginando que habían puesto a la muchacha de color como una especie de camarera personal suya.

La entrada en el edificio marcó otra impresión penosa para Evelyn. Aunque habituada a residir en un país latinoamericano, como Venezuela, su sangre era norteamericana y nunca acababa de comprender bien el sentido fatalista y trascendente que los latinos daban a la muerte. Tal vez por ello, la impresionó más todavía el descubrir dentro de la casa aquellos velones encendidos, por doquier, llenando el aire de un fuerte olor a cera derretida, a humo y a algo acaso más indefinible e inconcreto, que tal vez fuese el propio aroma a la muerte...

Había lazos negros y coronas de flores por doquier. Un susurro apagado y ceremonioso llegaba de alguna parte, allá al fondo del amplio vestíbulo destartalado donde se encontró de repente al pisar por vez primera el suelo de la vivienda.

Vislumbró un vago resplandor amarillento en la penumbra. Miró a Zora, la negrita, y ella asintió, señalándole en silencio hacia el fondo donde se apreciaba esa claridad. Evelyn respiró hondo, se armó de valor y avanzó decidida. Su taconeo sobre las grandes baldosas de piedra gris del vestíbulo, produjeron un repiqueteo casi hiriente, que rompió el silencio del interior como un desgarro paulatino.

Asustada en parte, se detuvo, vacilante, mirando en torno. No había nadie allí, salvo ella misma y la negrita Zora, pero tuvo la rara impresión de que docenas de invisibles ojos acusadores la reprochaban aquel ruido desde lo desconocido. Se inclinó, quitándose los zapatos. Avanzó descalza, caminando sobre sus pies enfundados en las medias, sin producir ya el más leve sonido. De ese modo, llegó a la entrada a una cámara ardiente donde un grupo de mujeres enlutadas y de hombres silenciosos, rígidos y ensombrecidos, montaban una solemne guardia en derredor de un féretro flanqueado por cuatro grandes velones.

Evelyn contuvo el aliento, contemplando la lúgubre escena. El aire allí era casi irrespirable. Olía a piel morena sudorosa, a cera caliente, a humo y a muerte. Esta vez, sí. La muerte era casi tangible allí, tal era la intensidad de su presencia en todo. Aunque el muerto no hubiera estado en su féretro, hubiese notado la misma penosa y tétrica sensación.

No todos eran personas de color en el recinto fúnebre. Vislumbró tres o cuatro rostros que se volvían hacia ella, en medio de oscuras ropas, como pálidas, macilentas manchas flotando en el cargado clima de la cámara ardiente.

Murmullos de rezos sonaban por doquier, procedentes de las enlutadas mujeres que se alineaban en torno al ataúd. Ella avanzó unos pasos. Era lo bastante alta como para mirar por encima de los inclinados cuerpos negros, para ver al hombre que ocupaba la negra caja de madera lustrosa, con asas y adornos plateados.

Dominó un escalofrío, y se mordió el labio inferior, apretando sus manos una contra otra, casi asustada.

Era él, ciertamente.

El mismo hombre cuya fotografía llevaba consigo desde que recibiera la respuesta a su ofrecimiento de aceptar aquel matrimonio por poderes. Jason Corley, su marido.

Parecía más joven ahora, tendido allí, sobre el forro violáceo de raso del fondo de la caja. Vestido enteramente de blanco, con los brazos cruzados sobre el pecho, la camisa impecable, la corbata de lazo, el rostro céreo, apacible, como dormido. El cabello blanco, largo, los bigotes igualmente canosos, espesos y atusados, la boca delgada y enérgica. Había imaginado que tenía ojos oscuros en aquella fotografía. Ahora no podía verlos, porque sus párpados estaban cerrados.

—Dios mío, descansa en paz, esposo —susurró apagadamente, persignándose como católica que era.

Observó que los rostros de personas de raza blanca o negra estaban fijos en ella desde la dorada penumbra de la cámara mortuoria. Había curiosidad y cierto aire hostil o receloso en las miradas. También hubo cierta sorpresa al ver- la persignarse con devoción ante el difunto.

Evelyn se apartó lentamente del féretro. El suelo, bajo sus pies descalzos, estaba helado. Una mano firme la tomó por un brazo. Giró la cabeza. Se tropezó con una sonrisa amable y unos ojos vivaces y simpáticos.

—¿Por qué se descalzó? —preguntó la voz apagadamente, junto a su oído —. No era necesario hacerlo...

—Hacia demasiado ruido al caminar —le explicó ella en igual tono.

—Es igual. A tío Jason no le hubieras podido despertar —hubo una cierta nota de humor negro en aquel comentario—, Imagino que tú eres Evelyn, su esposa...

—Si. Ahora, su viuda ya —suspiró ella.

—Yo soy Benjamín F. Corley, su sobrino. Ben para los amigos y la familia. Sé bienvenida.

—Gracias —musitó la joven. Miró al féretro—. La llegada no ha sido demasiado feliz, creo yo.

—Así es. Tío Jason siempre fue un poco inoportuno en ciertas cosas. Incluso en su muerte, ya lo ves —rió suavemente el joven de la fácil sonrisa.

Evelyn le miró con cierto reproche, mientras él tiraba de ella con suave firmeza, apartándola del ataúd y de las plañideras mujeres de color arrodilladas cerca del mismo.

—Eso no suena muy respetuoso, Ben —se quejó.

—Perdona. Yo soy así. Ya me irás conociendo con el tiempo... si es que eres capaz de permanecer aquí el suficiente. Acabarás alegrándote de que haya alguien tan irreverente y frívolo como yo en esta especie de infierno macabro en que te has metido, querida Evelyn.

Se detuvo junto al muro del fondo, pegado a ella. Evelyn observó que otro hombre, éste de mediana edad, rostro grave y ojos oscuros y penetrantes, con patillas y aladares canosos en su cabello negro, les contemplaba con gesto inexpresivo. Aun así, le hizo una leve inclinación de cabeza, al que ella correspondió.

Rápido, Benjamín Corley la informó en voz baja:

—Ese es Pierre. El amigo Pierre. Se trata del abogado y administrador de tío Jason y. por tanto, de todos los Corley, Pierre Dulloc. Un hombre inteligente, sereno y eficiente, por encima de todo. Él fue quien dispuso los documentos para vuestra boda, y ocupó tu puesto en la ceremonia. Fue muy divertido ver a tío Jason casarse con Pierre —acabó con un amago de risita que a Evelyn le molestó.

La mirada de grave reproche de Evelyn, pareció impresionar algo al risueño Ben, que se encogió de hombros, hizo un mohín de disculpa y luego señaló hacia el lado opuesto de la cámara, donde dos mujeres y un hombre calvo, de pelo ralo y gris, formaban un trío de serios asistentes al funeral.

Ella recordó que los tres la habían mirado cuando se persignó, en especial la más joven de las dos mujeres, que vestía totalmente de negro, a diferencia de la otra, que lucía un largo vestido gris que realzaba su elevada estatura y la arrogancia de su figura.

—Ahí tienes a Lori, mi querida prima Lori —explicó Ben —. Sobrina de tío Jason también, aunque algo más lejana que ye. Su padre era primo de tío Jason. En cambio, mi madre era su hermana. Mi verdadero nombre es Benjamín Foster, por eso me pongo la F en medio de nombre y apellido.

Aquí hay que ser un Corley... o no ser nada. Ya lo irás aprendiendo, tía Evelyn.

Le sorprendió sentirse llamar «tía» por aquel joven desconocido, tan simpático a pesar de su corrosivo e irrespetuoso sentido del humor. Le miró pensativa y le costó dominar una sonrisa al responderle:

—¿Y los demás? ¿También familia?

—Oh, no. Nada de eso. Esa mujer de gris, tan hermosa y elegante, es una vecina nuestra, Sylvie Doré. Posee una finca cercana desde hace cosa de un año. Una mujer rara, pero sumamente atractiva. El hombre es el doctor Villars, médico local. Un buen amigo, como lo son todos aquí. Atendió en vida a tío Jason, y firmó su certificado de defunción.

—Me ha dicho François que murió de un ataque cardiaco... —susurró Evelyn.

—Eso dicen, si —asintió el joven ambiguamente, encogiéndose de hombros—. Pero yo no pondría la mano en el fuego por eso...

—¿Qué quieres decir, Ben? —se inquietó ella.

—No, nada —hizo un vago ademán con su mano, como apartando el tema de modo definitivo—. No me hagas caso. Yo nunca hablo totalmente en serio, querida. Pero lo que sí debes tomar muy en serio es un consejo que voy a darte.

—¿Cuál?

—Sé buena amiga de tu sobrina Lori. Pero no te fíes de ella lo más mínimo. Una serpiente venenosa es un ángel de bondad a su lado, puedo jurártelo. Claro que ella tampoco te hablará demasiado bien de mí llegado el momento, pero es mejor que sepas esto antes de que te engatuse con sus mentiras y sus intrigas. Y ahora que ya nos conoces a casi todos, te dejo, tía Evelyn. El entierro es dentro de dos horas. Teniendo en cuenta que acabas de llegar de un pesado viaje, yo que tú iría a tomar algo antes de soportar el resto de la jornada. Vas a necesitarlo, créeme. Avisaré a Mamá Zenobia para que se ocupe de ti.

—¿A quién?

—Mamá Zenobia. ¿No te habló François de ella? —Ante su negativa de cabeza, el joven prosiguió—: Es una especie de ama de llaves y administradora doméstica de la casa desde tiempo inmemorial. Una buena mujer, aunque digan que es medio hechicera. No importa demasiado aquí, donde casi todo el mundo es brujo o hechicero. Te atenderá y te buscará algo de ropa negra. No estaría bien visto que la viuda fuese al entierro luciendo las ropas que tú traes ahora, querida...

Y se alejó, con una sonrisa cómplice, desapareciendo por la puerta de la

cámara ardiente andando casi de puntillas. Evelyn no pudo saber a ciencia cierta si se movía así por respeto al difunto o por continuar mostrando su espíritu burlón e irreversible.

* * *

Mamá Zenobia, ciertamente, parecía una buena mujer. Aunque fuese una hechicera, o tuviera algo de ello, como insinuara el joven Corley, lo cierto es que su enorme humanidad respiraba cordialidad y afán de servicio. Era una negra voluminosa, resoplante y arrolladora, de piel lustrosa como el charol, grandes ojos redondos, un rojo pañuelo anudado a la cabeza, y más de doscientas ochenta libras distribuidas desde sus anchos hombros hasta sus rollizas piernas.

Apenas se hizo cargo de la recién llegada, la llevó a una estancia alejada de la cámara donde era velado el cadáver, y le sirvió una taza de caldo, pescado asado y carne al horno con zanahorias. Evelyn sólo aceptó el caldo y algo de carne, así como una taza de café, y se sintió mucho más reconfortada, aunque lo cierto es que no sentía apetito alguno. Luego, de alguna parte de la casa, surgieron unas ropas negras que la buena mujer cosió con celeridad, improvisando un vestido negro para la viuda. Evelyn se contempló en un espejo, descubriéndose más pálida y demacrada que durante su viaje marítimo desde Venezuela.

—De momento, será suficiente con eso, señora —dijo la negra con su cadencia peculiar al hablar español entremezclado con giros de puro criollo nativo—. Así, al menos, nadie podrá criticarla. El luto, en estas tierras, es algo muy a tener en cuenta, comprenda.

—Sí, lo comprendo muy bien —suspiró Evelyn—. Creo que mi boda con el señor Corley no resultó de lo más oportuno...

—No diga eso, señora —sonrió la negra con rara jovialidad—, Cuando menos, ha logrado enfadar a más de uno, y eso ya es algo de agradecer.

—¿Enfadar? —Evelyn enarcó las cejas—. ¿A qué se refiere? ¿Por qué había de enfadarse nadie conmigo?

—¿Por qué ha de ser, señora? Por el dinero. Ahora, usted es la señora aquí. La viuda del patrón... La dueña de todo, ¿comprende? Eso, a muchas personas no les gusta nada, pero entre esas personas no se cuenta la negra Zenobia, se lo aseguro...

—Gracias —Evelyn la miró con afecto—. Es muy amable. ¿No podría decirme qué personas son las que sienten enfado contra mí por ese motivo?

—Señora, esta vieja criada no tiene por qué meterse en las vidas ajenas, ni levantar testimonios contra nadie, compréndalo...

—Lo comprendo muy bien, pero no creo que sea desleal por su parte ampliar algo más ese comentario, amiga mía... —trató de convencerla Evelyn.

—Bueno, yo no digo nada, pero procure no fiarse de nadie, por mucho que traten de ser simpáticos con usted... Sobre todo, guárdese de la señorita Lori. Es un buen consejo, señora...

La voluminosa negra evitó añadir nada más. Evelyn arrugó el ceño. Era ya la segunda persona en aquella casa que la prevenía contra la joven sobrina de su difunto esposo. Ciertamente, tendría que estar alerta, cuando menos en principio, hasta saber si todos esos consejos eran atinados.

—Le agradezco mucho cuanto ha hecho, Mamá Zenobia —dijo, encaminándose al vestíbulo—. Ahora, debo volver a la cámara mortuoria. Después de todo, si soy la viuda de Jason Corley, soy yo quien debe presidir ese funeral.

—Desde luego, señora —asintió la negra—. Y eso va a molestar a más de uno...

CAPÍTULO III

Mamá Zenobia había tenido razón.

Su presencia al frente del duelo provocó tensiones evidentes. No sólo la joven y atractiva muchacha del cabello castaño y los ojos pardos que viera vestida de negro, junto al doctor Villars y a la vecina de los Corley, se mostró tensa y hostil con ella durante toda la ceremonia, sino que el propio administrador y abogado, Pierre Dulloc, varió sustancialmente la de apariencia, dirigiéndole una mirada tan fría como lo fue luego su expresión de condolencia final, tras la inhumación de los restos del dueño de la finca El Delfín.

Una vez sepultado Jason Corley en el cercano cementerio de la localidad, situado al pie de una suave loma cubierta de frondoso verdor y densas arboledas tropicales, se regresó a la vivienda en un clima de silencio y dolor sólo explicables en lugares como aquella isla, donde la muerte era un rito trascendente, lúgubre y de profundas connotaciones místicas y religiosas.

Evelyn había llevado a cabo un digno y firme comportamiento, situándose desde un principio como la persona más directamente afectada por la defunción, ante la sorpresa y desconcierto de la sobrina y del administrador de Corley. En cambio, el joven Benjamín se había limitado a sonreír irónico, guiñándole un ojo en señal de complicidad. Era obvio que el cínico muchacho disfrutaba con la irritación que había producido en el ámbito familiar la decisión de Evelyn de asumir su papel de viuda Corley desde un principio.

Las plañideras de raza negra continuaban sus letanías amargas en torno a la casa, cuando las puertas de ésta se cerraron, dando por terminado el ceremonial del día, al que obligatoriamente seguiría el período de duelo inevitable en las costumbres locales.

—Uf, pasó lo peor —se expresó con alivio Lori Corley, al entrar en casa, despojándose del negro velo qué había cubierto su cabeza durante el funeral —. La verdad es que me siento agotada...

—Por supuesto, querida prima —replicó de inmediato Ben, con tono zumbón—. Ahora dispondrás una cena excelente y copiosa, para saciar tu apetito, y sobre todo una de las mejores botellas de vino de la bodega del tío, para acompañar los alimentos.

—Eres muy gracioso, primito —se enfureció ella, fulminándole con una mirada—.

¿Acaso no eres tú quien vacía a saco la bodega de tío Corley durante todos los días del año?

—Pero eso lo hacía en vida suya, cariño, no para celebrar su muerte —le

objetó corrosivamente él.

—Me das asco, Ben —silabeó ella, apretando sus labios con un destello de ira en los ojos—. ¿Qué va a pensar tía Evelyn de tus palabras? ¿Qué pensará de los dos, si nos oye decir esas atrocidades con el tío recién sepultado?

—Es raro que te preocupe lo que piense tu tía Evelyn al respecto —se mofó Ben, sarcástico—. ¿No eras tú la que decías anoche mismo, al morir tío Jason, que quién era esa mujer yanqui que iba a venir, para convertirse en la dueña de la casa?

—Ben, eres un asqueroso bastardo.

—Y tú una sucia ramera envidiosa, querida prima —rió Benjamín.

—¡Por favor, ya basta! ¡Callaos los dos! —estalló Evelyn, incorporándose de un salto y mirándoles a ambos con fría irritación—. Parece mentira que estando todavía casi caliente el cadáver de vuestro tío, con el que convivisteis durante años enteros, podáis estar faltando de tal modo al respeto a su memoria con esos términos obscenos y crueles.

—Tienes toda la razón, tía Evelyn —aceptó Ben, inclinando la cabeza—. Te ruego me perdones.

Dio media vuelta, con rara conformidad para una persona de su carácter, y se alejó escaleras arriba. Sonó una puerta en la planta alta, y luego se hizo el silencio. Las dos mujeres se miraron. Los claros ojos de Evelyn no pestañearon, pese a la fijeza fría y agresiva de su joven sobrina Lori.

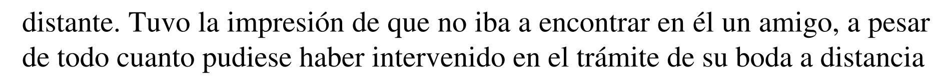
—Perdona —dijo ésta al fin, desviando la mirada—. Creo que tienes razón en lo que has dicho. Pero no te fíes de Ben. Es peor que yo, diga lo que diga. Nadie como él ansiaba en esta casa la muerte de tío Jason. Es más, yo siempre sospeché que, a lo que diagnosticase el doctor Villars, tío Jason pudo haber sido asesinado por él... Ahora perdona. Lo cierto es que tengo que comer algo o caeré desmayada.

Y se alejó casi a la carrera, en dirección a la cocina.

—Buena familia esta en que acaba de entrar, señora Corley. ¿No es eso lo que está pensando en estos momentos?

Se volvió al oír la voz a sus espaldas, suave y educada. Se quedó mirando al abogado Dulloc, que había aparecido con silenciosos andares en la amplia sala de la planta baja donde ahora se hallaba.

Se encontró con la mirada taladrante de Pierre Dulloc, abogado de la familia Corley y administrador legal de su fortuna y posesiones. El alto, esbelto y elegante caballero, de m pecables ropas oscuras, aunque no totalmente negras, sino más bien de una tonalidad azul marino, con corbata de un tono gris humo, aparecía ante ella con un gesto levemente grave,


distante. Tuvo la impresión de que no iba a encontrar en él un amigo, a pesar de todo cuanto pudiese haber intervenido en el trámite de su boda a distancia

—Pienso en muchas cosas a la vez, señor Dulloc —suspiró ella—. Y todas bastante confusas, por cierto.

—Resulta natural. Venir a un país extraño como esposa de un perfecto desconocido, y encontrarse con que ya es viuda, debe antojársele realmente extraño e insólito, señora Corley.

—Así es —admitió la joven, pensativa—, ¿Tan enfermo del corazón estaba mi esposo como para fallecer así, tan repentinamente?

Había sufrido algunos leves problemas cardiacos, pero nadie pensaba que pudieran culminar tan rápida e inesperadamente en un infarto mortal.

—Comprendo. Ahora, mi situación en esta casa va, a resultar muy violenta. Me pregunto si los Corley pueden aceptarme como un miembro de la familia.

—Eso, también me lo estoy preguntando yo desde que falleció el señor Corley, y no le encuentro precisamente una respuesta satisfactoria para su persona, si debo serle cruda- mente sincero, como exigen las circunstancias.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso, señor Dulloc?

—Me temo que éste no sea el momento más adecuado para hablar de ello, señora. Es preferible que se retire ahora a descansar, y mañana o pasado, con más calma, hablaremos de ello aquí, o en mi despacho de Puerto Príncipe.

—No, señor Dulloc —negó Evelyn, enérgica—. Me gusta poner las cosas en claro desde un principio. Mi sangre norteamericana podrá aportarme muchos defectos, pero también alguna virtud. Y entre éstas, se encuentra sobre todas la de que siempre encaro los problemas directamente y sin rodeos. Prosiga, señor Dulloc. ¿Qué quiso decir con eso de que no encontró respuesta satisfactoria a sus preguntas sobre mi presencia en esta casa?

— Bien, ya que lo quiere así, no tengo inconveniente en hablarlo ahora con usted, pero le aseguro que no es mi intención herirla lo más mínimo, y sí únicamente hacer aquello que, como consejero legal de esta familia desde hace años, está en mi mano llevar a cabo en conciencia.

—Ahórrese los preámbulos y vaya al grano, por favor.

Dulloc la estudió, entre calculador y perplejo. Era obvio que la firmeza de su interlocutora le sorprendía. Si había pensado dominar fácilmente a una intrusa desplazada, empezaba a darse cuenta de que no era así.

—Para empezar, comprenderá que su matrimonio con el señor Corley no fue nunca del gusto de sus familiares.

—Lo imagino —sonrió duramente Evelyn—. Él era un hombre rico. Y

ellos, sus herederos.

—No se anda usted por las ramas, ¿eh, señora? — Dulloc frunció el ceño—. De todos modos, ése no es el problema por completo. Los Corley son una familia muy especial. Pero el señor Corley era un hombre enérgico y de ideas fijas. Había decidido casarse, y lo llevó a cabo por encima de toda sin importarle en absoluto nada ni nadie, contra la voluntad de su familia... y la mía propia.

—Comprendo —los ojos azules y sagaces de Evelyn se entornaron—. Usted tampoco va a estar a mi lado llegado el momento, ¿verdad?

—Lo siento, señora, pero me debo a los Corley —eludió elegantemente Dulloc una respuesta menos dura

—Yo soy una Corley —fue la tajante réplica de ella.

—Quizá legalmente, en éste momento, lo sea. Pero la familia va a impugnar esa boda.

—¿Pueden hacerlo?

—Podrían, si se probase que el señor Corley, en los últimos días de su vida, no era totalmente dueño de su razón.

—Que yo sepa mi esposo murió del corazón, no loco —silabeó la joven, glacial.

—Así es, claro —sonrió Dulloc, inclinando la cabeza— Pero ellos pretenderán demostrar otra cosa. Su esposo, señora Corley, había sufrido años atrás algunos trastornos, fuertes dolores de cabeza e incluso le visitó regularmente un neurólogo y un psiquiatra en Puerto Príncipe. Fue cuando iba a divorciarse…

—¿Divorciarse? —Evelyn pegó un respingo—. No sabía que hubiese estado casado anteriormente...

—No lo hizo constar en su anuncio ni en su historial personal, señora — sonrió ambiguamente Dulloc—. Pero era así. Estuvo casado y se divorció. De ese matrimonio, existe un hijo.

—Dios mío. La cosa se complica... Creí que toda la familia eran Lori y Ben...

—Ya ve que las cosas no son tan simples. Por eso le dije que tendría dificultades. El hijo de su primer matrimonio tampoco acepta esta boda. Están intentando conseguir a mar- chas forzadas su historial clínico de entonces. Si logran probar ante una corte que su esposo contrajo ese matrimonio por poderes a causa de una posible obsesión enfermiza o por desequilibrio mental, podrían llegar a impugnar esta segunda boda, señora Corley.

—Ocurriese lo que ocurriese entonces, él es a todos los efectos mi marido. ¿O no es así, señor Dulloc?

—Por supuesto. El matrimonio consta inscrito en el juzgado de Puerto Príncipe, y eso no se puede negar. Ellos no pretenden ese hecho, sino anularlo mediante la propia ley. Y pueden conseguirlo. Aquí, los Corley pesan mucho. Y usted, a fin de cuentas, es sólo una recién llegada, una desconocida...

—Pero estoy casada con Jason Corley —sostuvo Evelyn con energía—. Y no voy a renunciar a ninguno de mis derechos.

—Señora, la familia se puso de acuerdo apenas falleció el señor Corley. Me hablaron de un ofrecimiento bastante favorable para todos, que evitaría engorrosos problemas y trámites legales muy molestos...

—¿A qué se refiere?

—Ellos han resuelto pedirle amistosamente que renuncie a ese matrimonio, aceptando su nulidad absoluta. A cambio de ello, recibiría de mis manos un cheque por valor de doscientos mil dólares. Creo que es una suma más que razonable para zanjar el asunto y evitarle a usted malos ratos y complicaciones...

Los ojos de Evelyn fulguraron. Pero su voz sonó calmosa, serena:

—¿Y si rechazo ese *generoso* ofrecimiento?

—Lucharán contra usted, con muchas posibilidades de triunfar y dejarla sin un solo centavo, señora.

—¿Y usted?

—Yo, lamentándolo mucho, señora Corley, también tendré que luchar legalmente contra usted, representándoles a dios.

Evelyn se irguió, uniendo sus manos con fuerza. Respiró hondo. La voz le brotó helada, rotunda:

—Muy bien. Enterada de la situación en todos sus aspectos, he tomado ya mi decisión, señor Dulloc.

—¿Bien...?

—Lucharé. Lucharé contra ellos, contra usted... ¡contra todos! Es mi definitiva respuesta. Ahora, buenas noches, señor Dulloc.

Dio media vuelta, alejándose hacia la escalera. A su espalda, tras una pausa tensa, la voz del abogado insistió, calmosa:

—La suma podría elevarse, en todo caso, a medio millón de dólares. Una cantidad fabulosa para una mujer como usted...

—Buenas noches, señor Dulloc —repitió ella, sin volverse siquiera—.

Estoy muy cansada. Será mejor que no vuelva a insistir en eso.

—Como quiera, señora. Pero creo que ha cometido un error. Un tremendo error.

No le respondió siquiera. Comenzó a subir los escalones. La puerta de la casa se cerró tras ella secamente. Evelyn resinó profundamente y siguió subiendo. Llegó a la planta alta. Avanzó por el corredor, hacia la habitación que le había sido destinada previamente, vecina a la que fuera en vida del difunto Jason Corley.

Justamente cuando abrió la puerta de la alcoba, un grito de horror escapó de su garganta.

Y una mujer, una extraña mujer de color, de larga melena enredada y sucia, ojos redondos, desorbitados y vidriosos y rostro inmóvil, la miró un instante, antes de desaparecer por el hueco de la ventana abierta, asomada al ya oscuro paisaje de la propiedad.

Evelyn chilló de nuevo, asustada, al pensar en que aquella mujer desconocida y sorprendente podía haberse desplomado al suelo del exterior desde esa altura, y corrió hacia la ventana, temiendo lo peor. Al asomar, para su pasmo, advirtió que la desconocida se incorporaba del suelo de piedra que circundaba la casa, como si el salto desde la planta alta no hubiera tenido importancia, y se alejaba, con paso lento, mecánico, adentrándose en los espesos matorrales cercanos, donde desapareció sin que su singular rigidez se alterase por un momento ni girase la cabeza hacia ella en instante alguno.

—Señora Corley, ¿qué es lo que sucede? ¿Fue usted quien gritó? —la voz, a espaldas suyas, denotaba alarma.

Se volvió, encontrándose con François, el criado mulato, a quien pronto siguieron

Benjamín Corley y Mamá Zenobia, Todos la miraban con preocupación.

—Había una mujer en mi cuarto... —murmuró Evelyn, estremeciéndose —. Una horrible mujer de raza negra, con los cabellos desordenados y largos, los ojos muy abiertos y sin expresión... Se arrojó por la ventana, pero no pareció hacerse daño en absoluto. Luego, caminando como un autómata. se adentró en la espesura...

—Dios mío... —jadeó el criado mulato, cambiando una mirada con los demás—. Maluba... Tuvo que ser ella...

—¿Quién es Maluba? —quiso saber Evelyn.

—No es fácil de explicar, señora... —se expresó, incómodo, François.

Ella dirigió ahora la mirada a Ben y a Mamá Zenobia. Ambos parecían tan desconcertados como el propio mulato,

—Díganme de una vez quién era ella —exigió Evelyn— Estaba dentro de mi propio dormitorio. Y salió por la ventana como sabiendo que no podía causarse el menor daño a pesar de la altura... ¿Quién es esa tal Maluba?

—Bueno, tía Evelyn, lo cierto es que Maluba... es una mujer que murió hace ya un año —dijo Benjamín Corley — Lo que has visto... es sólo *un cadáver que anda.*

CAPÍTULO IV

—Un cadáver que anda...

—Sí, así es.

—¡No. no es posible! Eso no puede ser cierto. Esas cosas no ocurren...

—Aquí sí —suspiró el doctor Paul Villars con aire cachazudo. moviendo afirmativamente la cabeza mientras prensáis el tabaco de su vieja pipa, antes de encenderla—. Está en Haití, señora Corley. Y en esta tierra, muchas cosas que fuera de ella son imposibles, cobran aquí carta de naturaleza, aunque no podamos entenderlo.

—Pero..., pero usted es médico, doctor Villars. No puede aceptar que una persona ya difunta pueda andar por ahí...

—Yo no lo admitía cuando vine a vivir a Haití hace más de veinte años —sonrió cansadamente el doctor—. Ahora, después de tanto tiempo aquí, son muy pocas las cosas que me niego a admitir, aunque mi razón las rechace.

—¿Usted vio morir a esa mujer, a Maluba?

—Así es. Y más que eso: firmé su defunción y vi sepultarlte —suspiró el médico. Fumó y despidió una nube de humo, mientras Evelyn paseaba por el salón, con una taza de café en la mano—. Maluba era una criada de esta plantación desde niña. Murió de fiebres tifoideas.

—Entonces, ella no pudo ser la misma mujer que yo he visto antes. Es imposible, doctor. Aquella mujer me miró fijamente. Luego se marchó, saltó por la ventana con tal agilidad que ni siquiera se causó el menor daño... Era una persona llena de vida, por rara que fuese se apariencia.

—Señora Corley, usted no es la primera persona en esta propiedad que ve andar por ahí a la difunta Maluba —explicó con calma el doctor Villars.

—¿No? —Evelyn enarcó las cejas—. No puedo creerlo...

—Pues créalo. Yo mismo le he visto ya en dos ocasiones.

—¿Usted?

—Así es. Tiene justamente el aspecto que usted dice: pelo muy largo, enredado y sin orden. Ojos dilatados, vidriosos, figura rígida... Es una mulata de tez bastante oscura. Es ella, no le quepa duda.

—Pero ¿Cómo puede andar un muerto entre los vivos? —exclamó la joven, alterada.

—¿No ha oído hablar de los *zombies,* señora Corley?

—Sí. Pero siempre he imaginado que eso era pura fantasía, como los vampiros o los hombres-lobo, pongamos por caso...

—Le aseguro que, cuando menos, un *zombie* no es una fantasía, ni mucho menos. Su existencia está probada incluso en informes policiales y judiciales. Personas que llevan diez o quince años muertas, deambulan por ahí, entre los cañaverales y las plantaciones, como si estuvieran llenas de vida. Nadie duda de su existencia. Y nadie trata jamás de ponerse en su camino.

—Pero ¿qué es concretamente un *zombie*, doctor? ¿Un ser resucitado, un caso de catalepsia... o una criatura del Más Allá?

—Personalmente, creo que ninguna de las tres cosas. Es sólo lo que aparenta ser: un cadáver viviente, un muerto que anda. Y nada más.

—Eso no explica nada.

—Y, sin embargo, lo explica todo. Estas son tierras de brujerías, de misterios insondables y hechos prodigiosos, señora Corley. Ancestrales ritos de magia negra se han trasplantado hasta aquí a través de los esclavos africanos durante siglos, y hay seres capaces de conjurar hechicerías oscuras y desconocidas a los muertos, logrando sacarles de sus tumbas y hacer de ellos auténticos autómatas, seres sin cerebro, voluntad ni entendimiento. Simples cuerpos en movimiento, incapaces de hacer daño a nadie, que sólo obedecen las órdenes del hechicero que les ha sacado de la tumba con sus artes.

—¿Y para qué hacen tal cosa, si el difunto no vuelve con ello a la vida en el auténtico sentido de la palabra? —se horrorizó Evelyn.

—Muy sencillo, señora Corley: sólo buscan que el muerto «a trabajando para alguien como si estuviera vivo. Son obreras sin sueldo, gente sin voluntad, que trabaja al servicio de so amo sin límite de tiempo. A veces, cuando el amo muere, pasa a pertenecer a otro, y su tarea continúa de forma inmutable. Se dice que hay plantaciones en el interior de Haití que tienen trabajando auténticas legiones de muertos vivientes, pero eso nadie lo ha comprobado aún. Ni quizás se compruebe nunca, porque aunque oficialmente las autoridades pretenden perseguir ese macabro negocio de buscarse mano de obra entre los muertos, la verdad es que la familia Duvalier, que controla el poder supuestamente republicano de esta isla, practica también según dicen la brujería, y su propia guardia personal, los temidos *tonton-macoutes* no son sino esteros a quienes la gente llega a considerar como poseedores de fuerzas sobrenaturales, capaces de causar mucho daño a quien se les ose enfrentarse. El poder tiránico de los que aquí gobiernan, se basa por encima de todo en la superstición de pueblo, en la ignorancia y en el terror a cosas que un occidental difícilmente puede comprender, fuera de este lugar.

—Dios mío... —Evelyn se dejó caer en un asiento, mientras el doctor fumaba apaciblemente su pipa, como si todo aquello de lo que estaba hablando fuese algo perfectamente natural —. Y si fuese así, doctor, ¿por qué esa mujer, muerta o viva, tuvo que entrar en mi habitación esta noche?

—No lo sé, señora. A veces, los muertos que andan hacen cosas poco comprensibles para nosotros. Supongo que dependerán de quienes les dan órdenes. Esa habitación que usted va a ocupar, fue antes de la primera señora Corley, hasta el divorcio de ambos. Creo recordar que Maluba servía fielmente siempre a su señora. Tal vez en eso esté la razón de tan singular visita. Tal vez porque quien la volvió a su actual existencia, quiso advertirle algo a usted...

—¿Algo... que significa peligro... *o muerte* —sugirió Evelyn, calmosa.

El médico pegó un respingo. Luego la miró, arrugando el ceño, y meneó la cabeza.

—Vaya, señora, a usted no le importa afrontar las cosas crudamente, según veo — confesó, admirado—. Yo nunca me hubiera atrevido a sugerir semejante cosa.

—Pero es posible que fuera como yo digo, ¿no es cierto?

—Bueno, posible todo lo es. Pero quizá, después de todo, la presencia de Maluba en esta casa, sólo se relacionaba con la muerte del señor Corley, y nada más.

—Estoy segura de que no... ¿Cómo pudo saltar por la ventana y levantarse sin sufrir daño alguno?

—Recuerde que es una muerta, no un ser vivo. Los muertos no pueden hacerse daño.

—Me cuesta hacerme a esa idea, doctor —suspiró ella—. Hábleme de la primera señora Corley. ¿Dónde vive ella ahora?

—¿Yvonne? En Puerto Príncipe, con su hijo Gastón.

—¿Es francesa?

—De origen, como mucha gente aquí —sonrió el médico—. Ella... es mestiza, señora. De piel suavemente oscura nada más, pero mestiza, como tantos otros haitianos. Eso sí, de una rara hermosura. Y muy inteligente.

—¿Por qué se separaron ella y Jason?

—¿Por qué no le pregunta eso al señor Dulloc? Él es abogado, él llevó los trámites del divorcio. Yo solamente soy el médico de la familia, señora.

—Me temo que el abogado Dulloc y yo no nos llevamos demasiado bien. Pensé que usted, como amigo, no como médico, tal vez podía orientarme

mejor en ese sentido.

—Bueno, yo nunca me entrometí en los asuntos privados de la familia, pero el señor

Corley fue siempre un hombre duro, enérgico, autoritario. También lo era la señora. Me temo que la incompatibilidad de dos caracteres así, era inevitable a la larga.

—¿Estuvieron casados mucho tiempo?

—Quince años —sonrió el médico—. Entonces, Yvonne era casi una niña. Ahora es una hermosa dama de treinta y siete a treinta y ocho años...

—¿Y el hijo?

—¿Gastón? Bueno, va a cumplir ya veinte años. Hace casi cinco que se separó el matrimonio. Es un guapo mozo de piel casi normal. Sólo sus ojos y su pelo oscuro delata su origen mestizo. ¿De veras le interesa hablar de todo esto, señora?

—Me interesa hablar de muchas cosas, después de cuanto ha sucedido aquí a partir de mi llegada. Venir casada por poderes y encontrarse con el esposo muerto, con la oposición y hostilidad familiar, el antagonismo de un representante le- y. por añadidura, la aparición de una mujer que lleva un año muerta, no es precisamente una dulce bienvenida ni tampoco una serie de hechos rutinarios, ¿no cree, doctor?

—En efecto —resopló éste, incorporándose lentamente— permítame un consejo amistoso y profesional, señora Corley: tómese un tranquilizante y acuéstese, procurando dormir lo más posible. Mañana tal vez vea las cosas de otro modo.

—Procuraré seguir su consejo, doctor. A fin de cuentas, voy a necesitar hacer acopio de energías para lo que me espera aquí, si quiero defender mis derechos.

El médico, que se dirigía a la salida, se volvió a medias, la miró pensativo, y preguntó, tras echar otra bocanada de humo:

—¿De veras piensa defender esos derechos hasta el final, señora?

—Sí —afirmó ella, decidida—. Eso es, justamente, lo que pienso hacer.

—La felicito. Es usted una mujer muy valiente —sonrió el médico, reanudando su marcha—. Dios quiera que todo le salga bien...

Pero con el tono como lo dijo, Evelyn tuvo la desagradable sensación de que el veterano médico lo ponía en duda.

* * *

Los siguientes días en El Delfín fueron relativamente tranquilos para Evelyn Corley.

La vida pareció remansarse tras los funerales y la aparición de la supuesta muerta viviente, y nada anormal ni inquietante alteró la calma en la amplia propiedad de los Corley.

Evelyn asistió a las tareas de los trabajadores de la hacienda en los campos de café, algodón y caña de azúcar, los criados de color se mostraban respetuosos con ella, aunque distantes y poco comunicativos, y a Lori apenas si la vio en un par de ocasiones, en que se limitaron a cruzar un saludo fríamente cortés. En cambio, Ben la acompañó en algunas de sus visitas a las plantaciones, comió o cenó con ella en el amplio comedor de la finca, e incluso le explicó cosas curiosas de aquel lugar donde estaba dispuesta a asentarse, como viuda Corley, pese a todo el clima hostil que pudiera hallar en torno.

—¿Por qué fue bautizado este lugar con el nombre de El Delfín? —se interesó ella del joven Corley en una de aquellas comidas compartidas frente a frente en la larga mesa del comedor familiar, servidos por el respetuoso y eficiente François.

—¿De veras no lo sabe? —rió Benjamín—. Tiene un origen histórico que era muy del gusto de tío Jason. Como buen inglés de origen, aborrecía profundamente la Revolución Francesa y sus sangrientos resultados. Tal vez no sepa usted que cerca de aquí, frente a Saint Marc, se alza la isla llamada *de la Gonave*, un verdadero paraíso natural para pescadores y amantes de la Naturaleza. En esa isla, según la tradición, el Delfín de Francia, Luis XVII, hijo de Luis XVI y María Antonieta, fue escondido y allí murió.[1] Claro que es sólo una leyenda, pero a tío Jason le gustaba pensar que sucedió así, y que el pequeño infante no fue víctima de las hordas revolucionarias, y en homenaje a esa posible versión de un hecho histórico y siempre mantenido en el misterio, bautizó a su propiedad con el nombre de El Delfín.

—Comprendo. Debió amar mucho estas tierras, ¿no es cierto?

—Mucho, sí. Dijo que aquí sería enterrado cuando muriese. Y así ha sucedido, después de todo... —miró en ese punto a su actual madrastra y añadió con suave tono—: He oído algunos comentarios a Lori y a Pierre Dulloc. Parece que piensas luchar duro contra la familia.

—Así es. Ben. Supongo que también tengo que luchar contra ti —dijo ella, mirándole muy fija por encima de la copa que llevaba a los labios.

—No, no —rió el joven, con un gesto indolente—. No pienso oponerme a que seas la nueva señora Corley, tía Evelyn.

—¿De veras? Hay quien me ha dicho que tampoco me fie demasiado de

ti...

—Sabía que te dirían eso. No les hagas caso. No soy un santo ni mucho menos, pero me caes bien. Prefiero que mandes tú a que lo llegase a hacer Lori... o Yvonne, claro está.

—¿Yvonne? —Evelyn enarcó las cejas—. Ella ya no es legalmente una Corley...

—No estés tan segura. Esto no es Nueva York. Ni tan siquiera Venezuela. Si los tribunales apoyasen la demanda de impugnación contra tu enlace matrimonial por poderes, estoy seguro de que mi querido primo Gastón vendría aquí como heredero directo de tío Jason. Pero Gastón es demasiado débil para mandar en nada. Sería su madre la que lo haría, como una reina regente.

—Ya entiendo. ¿No te llevaste bien con ella?

—Me llevé fatal desde niño —rió Ben—. Yvonne es una especie de hermosa harpía llena de maldad, ambición y astucia. Mantuvo hechizado con sus encantos a tío Jason durante muchos años. Ni siquiera llegó a darse él cuenta jamás de que su amante esposa le engañaba con todo el mundo, amigos o siervos, extraños o allegados. Incluso a mí estuvo a punto de seducirme cuando yo sólo tenía catorce años...

—Cielos... —Evelyn le miró asombrada—. Ignoraba que fuese una mujer de esa clase.

Dulloc no me habló nada en ese sentido, Ben.

—Claro —rió duramente el joven, guiñándole un ojo—. No te fíes de Dulloc. Ese maldito picapleitos también andaba con el seso sorbido por la sensualidad y el atractivo físico de Yvonne Corley, ahora simplemente Yvonne Monnard...

La joven, en ese punto, se enjugó los labios con una servilleta, dejó vagar su mirada por el vacío y musitó, apoyando su suave mentón en una delicada mano, larga y cuidada:

—Un día de éstos, de todos modos, tendré que ir a Puerto Príncipe, en busca de un buen abogado, si quiero defender mis derechos, llegado el momento...

—Harás bien en ir cuanto antes —aconsejó el muchacho—. Mañana mismo, pongamos por caso. Yo tengo que ir en esta semana a la capital, de modo que podríamos ir juntos, y eso te serviría de pretexto para que no sospechen tus verdaderas intenciones. Te puedo presentar, una vez allí, a André Claudel.

—¿Quién es André Claudel?

—Un negro muy inteligente y amable. Abogado. El mejor de esta isla, ahora que Dulloc no nos oye. Él podría ocupar se de tu caso, tía Evelyn...

—Bueno, veremos —aceptó ella en principio, sin comprometerse demasiado, recordando que, después de todo, Benjamín, pese a su aparente simpatía, no dejaba de ser un Corley más y tan directamente interesado en la herencia del difunto Jason Corley como cualquiera de los otros miembros de la familia.

Pero lo que sí decidió justo ese momento, fue hacer el viaje a Puerto Príncipe al día siguiente, sin esperar a más, aprovechando el viaje de Ben a la capital haitiana.

CAPÍTULO V

El encuentro tuvo lugar al salir precisamente de la consulta del abogado Claudel.

Como dijera Ben, el afable, inteligente y cortés hombre de raza negra que acababa de atenderla en su bufete, parecía un buen experto en leyes, además de un hombre razonable y comprensivo.

Al abandonar su oficina, Evelyn Corley era ya su cliente de modo definitivo, para cuando Dulloc y los Corley iniciaran sus acciones legales contra ella.

Y entonces se encontró de nuevo con Harry Dexter.

—¡Señora Corley, qué grata sorpresa!

Fueron las primeras palabras que oyó. Giró la cabeza, sorprendida, encontrándose con el joven viajero del barco venezolano en que hiciera su viaje a Haití. Se tropezó con el rostro anguloso y viril del escritor, donde sus grises ojos chispeaban cordiales.

—Señor Dexter, qué placer encontrarle de nuevo... —manifestó con espontaneidad la joven viuda, tendiéndole la mano.

Dexter se la besó cortésmente, con una sonrisa en sus labios. Vestía un traje claro, impecable, y su tez se había bronceado ligeramente en aquellos días. Evelyn se dijo que aún resultaba más atractivo ahora.

—¿Cómo va la vida en este lugar? —preguntó, risueño—. ¿Prueba bien su nueva vida matrimonial?

Ella pestañeó, bajando la cabeza. Su respuesta fue breve:

—Nunca llegué a ser realmente una esposa —confesó—. Cuando llegué aquí, mi esposo ya estaba muerto...

—Oh, cuánto lo siento... —el joven se mostró turbado, sorprendido—. ¿Cómo pudo suceder algo así?

—Oficialmente, su muerte fue causada por un infarto. Yo empiezo a tener mis dudas sobre muchas cosas, señor Dexter.

—¿Qué quiere decir con eso? —se alarmó él, mirándola fijamente.

—No sé si debería hablarle de eso, y menos aquí, en plena calle, pero... creo que es la primera persona que veo en mucho tiempo, a quien me produce cierto alivio confiarle mis cosas.

—Por favor, entonces vayamos a alguna otra parte —señaló a un lugar, bajo los porches de un cercano edificio colonial de bellos balcones asomados a las estrechas, empedradas y pintorescas calles de Puerto

Príncipe, de rancio y típico sabor colonial—. Allí hay un café al que acostumbro a ir de vez en cuando. Si me acepta un refresco, charlaremos. Con este calor, siempre se acoge bien una bebida fría, señora Corley...

—No sé si aquí estará bien visto que una viuda entre en un local público, pero me tiene sin cuidado lo que la gente opine. Vamos, señor Dexter, por favor.

La escoltó hasta el pequeño cafetín de sabor francés, donde ocuparon una discreta mesa, lejos de la puerta. Un camarero mulato les sirvió dos vasos de fresca bebida de frutas sin alcohol. Dexter contempló a su compañera de mesa. Ella, tras un silencio, le refirió todo lo sucedido desde su llegada, sin omitir detalle.

Harry escuchó atentamente, sin interrumpirla un solo momento. Al final de su relato, el rostro del joven reflejaba sorpresa y desorientación manifiestas. Pero en cambio fue concreto cuando habló con tono suave:

—Vive usted en un ambiente más bien extraño y hostil, a lo que veo.

—Sí, eso me temo —suspiró ella—. Sólo tengo relación verdaderamente amistosa con el joven Benjamín, y aun ni siquiera de él me confío plenamente, pese a su apariencia cínica y desenvuelta. Según su prima Lori, podría ser un asesino y haber matado a su tío Jason.

—Pero eso no sería fácil hacerlo sin la complicidad del doctor Villars, que fue el que certificó la muerte natural —opinó Harry pensativo—. Claro que hoy en día existen sobrados medicamentos cuya dosis excesiva podría producir el mismo efecto aparente de un ataque al corazón, eso es obvio. Pero sea como sea, no debe sentirse usted muy a gusto en El Delfín.

—No, no me siento nada a gusto, pero no quiero renunciar a mis derechos, como esposa legal de Corley, digan ellos lo que digan. Voy a luchar por ello hasta el fin.

—Creo que hace muy bien. Ya dije que es usted una mujer muy valerosa y decidida. Sin embargo, en estos lugares la ley no es como en los Estados Unidos o en Inglaterra, pon- gamos por caso, donde es igual para todos. Aquí las familias de rancia estirpe suelen tener muchas ventajas ante los jueces a la hora de un veredicto, se lo advierto.

—Cuento con ello. He contratado a André Claudel, el mejor abogado de esta ciudad. Él está seguro de ganar cualquier pleito que se presente.

—Ojalá sea así, pero no va a resultarle fácil.

—Lo sé. Sin embargo, no voy a echarme atrás ni a ceder un ápice. La última oferta de la familia y de su abogado, es de medio millón de dólares, si acepto a irme de aquí, renunciando a mi matrimonio con Jason Corley.

—Bueno, ésa sí es una excelente señal —sonrió Dexter—. Quiere decir

que no las tienen todas consigo y temen que usted pueda ganar. Llegarán más arriba, estoy seguro.

—Mi respuesta será siempre la misma —musitó ella. Luego miró sonriente a su acompañante, y cambió de tono para añadir—: Pero hablemos un poco de usted, señor Dexter. ¿Qué tal van las cosas con su libro en proyecto?

—No mal del todo —meneó la cabeza el joven, con aire distraído—. He recopilado bastantes datos sobre este lugar y sus costumbres. Eso que citó usted de la criada muerta, Maluba...

—Por Dios, no me lo recuerde —se estremeció Evelyn—. Era horrible esa mujer...

—Lo imagino. Otras personas muertas y enterradas han sido vistas a lo largo de la historia de Haití, caminando por ahí como si estuvieran vivas. Una de ellas, es la que cuenta el antropólogo británico Francis Huxley, y ocurrió en 1959. Un aparecido erraba por su pueblo en ese año. Le llevaron a comisaría, y los policías, aterrorizados, se limitaron a ponerlo de nuevo en la calle. Más tarde, alguien tuvo el valor necesario para darle agua con sal, y el aparecido pronunció tartamudeando su nombre. Más tarde, una tía suya que vivía cerca, le identificó. Se trataba de un hombre muerto y enterrado cuatro años atrás.

—Dios mío... —tembló ostensiblemente la joven viuda, cerrando los ojos un momento.

—Aún es más espeluznante el caso de Zora Hurston, que fue una de las escasas personas que vio, tocó e incluso fotografió a un aparecido o un *zombie,* como aquí les llaman. En 1907, una mujer llamada Felicia Félix-Mentor falleció de repente. En el año 1936, la encontraron errando desnuda por el camino cercano a la granja de un hermano suyo. Tanto el hermano como el marido identificaron sin dificultad a la mujer que habían sepultado veintinueve años atrás. La internaron en un hospital, donde semanas después la visitó la tal Hurston. Según ésta, su aspecto era horripilante. Una cara vacía, con ojos de muerto. Los párpados blancos, rodeando los ojos, como si los hubieran quemado con ácido. No hablaba, parecía no escuchar, no enterarse de nada, no estar siquiera en este mundo, sino en aquel otro donde tenía que haber estado... Ambos casos están comprobados legal y clínicamente, señora Corley.[2]

—Pero ¿cómo es posible que ocurran cosas así? —gimió ella.

—Nadie lo sabe. Pertenece al misterio de esta tierra. Dicen que los brujos sacan a los muertos de sus tumbas y los hacen trabajar para ellos. Tal vez sea cierto, tal vez no. Sin embargo, los hechos están ahí, y no son los únicos, ni mucho menos. He comprobado ya una veintena de ellos en el juzgado, la prefectura de policía y la iglesia católica de esta ciudad. Algunos de los

muertos vivientes mueren después violentamente, por segunda vez, como si fuesen *asesinados* por alguien. Según la policía, quizás por los propios hechiceros que los hacen trabajar, por haber dicho algo a alguien, quebrantando su silencio habitual. Así sucedió precisamente con el primer caso que la mencioné, el del aparecido que bebió agua y sal.

—Es espantoso imaginar que en este país pasen cosas semejantes, señor Dexter. Y que yo haya visto con mis propios ojos a una de esas desgraciadas criaturas, la esclava Maluba...

—Hábleme de ella, ya que la vio, si es que no resulta excesivamente desagradable o penoso referirse a ello, señora Corley —rogó Dexter—. ¿Cuál era su aspecto real?

—Espantoso, diría yo. La tez tenía un color terroso, los ojos estaban abiertos, muy dilatados, vidriosos y fijos, como si no vieran nada. Me miró, pero dudo que me viese realmente. No intentó causarme daño alguno. Fue como si la hubiera sorprendido de repente, haciendo algo. Luego se fue hacia la ventana, que estaba abierta. Salió por ella como si pensara caminar por el aire. Naturalmente, cayó abajo, pero se incorporó como si nada, y se alejó, perdiéndose en las plantaciones. Caminaba rígida y sin mirar a los lados, como un autómata...

—No hay duda. Era un *zombie* —aseveró gravemente Dexter, haciendo unas rápidas anotaciones en una agenda—. Creo que tenemos que acostumbrarnos, mientras vivamos en este país, a las cosas más extraordinarias e inexplicables. Después de todo, no siempre se trata de casos de ultratumba como el que nos ocupa. Aquí sucede de todo. La violencia parece hervir con la sangre criolla de estas tierras. ¿Sabía que en sólo un año han muerto asesinadas cuatro mujeres en esta ciudad, y las cuatro del mismo modo horrible, decapitándolas limpiamente y cortando luego sus senos, manos y pies, sin que nunca hayan aparecido esos restos humanos?

—¿Es posible? —se horrorizó Evelyn, mirando absorta a Dexter.

—Así es. En los cuatro casos, las víctimas eran muchachas jóvenes, adolescentes, dos de ellas casi niñas, pero las mestizas ya están desarrolladas como mujeres incluso a los once o doce años. También se da el caso de que en los cuatro crímenes el asesino abusó deshonestamente de las victimas... pero sin llegar a consumar la violación sexual. Algo aberrante, ya me entiende.

—Qué horror... —se estremeció la joven.

—En Haití, donde el sexo es algo al alcance de cualquiera, dado el carácter ardoroso y sensual de las hembras de color y la influencia del clima en las relaciones entre ambos sexos, resulta rara la presencia de un maníaco sexual. Mucho más rara en definitiva que la de los propios muertos que

andan, por fantástico que parezca. Pero se lo he mencionado para que vea que éste es un lugar donde todo puede ocurrir. ¿Seguro que desea quedarse aquí, pese a todo, señora Corley?

—Seguro. Dexter —suspiró ella—. Y, por favor, no me llame más así. Creo que usted es el único amigo verdadero que tengo aquí. Llámeme Evelyn, y es suficiente.

—Gracias, así lo haré encantado..., Evelyn —sonrió Harry, apretando con su mano la de ella, apoyada encima de la mesa—. ¿Puedo acompañarla a su residencia? He alquilado un coche para mi estancia aquí y podríamos ir juntos hasta...

—No, gracias. Dentro de una hora me reuniré con Benjamín Corley junto al mercado. Vine con él a la capital y quizás no le gustaría que yo volviese allí con otra persona.

—Como quiera. Sabe que me tiene a su disposición

—Dexter apretó con calor la mano suave de la muchacha—. Si me necesita con urgencia para algo, llámeme al hotel de Francia, habitación 107. Acudiría en seguida en su ayuda sin vacilar.

—Es muy amable, Dexter, se lo agradezco de veras. Así lo haré, aunque lo cierto es que no creo que El Delfín tenga teléfono. Al menos, yo no lo he visto nunca...

—Querida, si alguna vez necesita teléfono, no dude en venir a mi casa. Somos vecinos, y gustosa le ofreceré el mío. Yo sí tengo. Y, como usted dijo, El Delfín no.

Sobresaltada, Evelyn giró la cabeza. También se volvió Dexter, sorprendido, hacia donde sonaba la voz femenina.

Ambos se encontraron con la presencia algo inquietante de Sylvie Doré, la hermosa vecina de los Corley, a quien Evelyn viera fugazmente durante el funeral por Jason Corley.

Vestía un singular atavío dorado y blanco, muy liviano, translúcido, que permitía descubrir las formas sinuosas de su cuerpo, alto y esbelto. Lucía su cabello color castaño tirante hacia la nuca, donde lo recogía en un moño atravesado por una aguja dorada de esférica cabeza. Sus manos, largas y marfileñas, estaban manicuradas cuidadosamente, con las uñas afiladas y puntiagudas barnizadas de color oro también. Una gran sortija, con una piedra de color opalescente, lucía en el dedo anular de su mano izquierda.

La sonrisa vaga y enigmática que flotaba en sus carnosos labios parecía impresa allí, mientras los ojos de un color ámbar oscuro, se fijaban, como por azar, en las manos unidas de ambos jóvenes. Ella, rápida, apartó su mano. No se notó alteración alguna en la expresión del bello rostro de la

dama.

—Señorita Doré, ¿verdad? —preguntó balbuceante Evelyn, mientras Harry se ponía cortésmente en pie.

—Así es, querida —sonrió la dama—. Sylvie Doré, su vecina. La vi en el funeral. Sé que es la nueva señora Corley, y lamento lo sucedido. Pero veo que, cuando menos, tiene buenos amigos en Haití...

Había una cierta nota sutil de ironía en su tono. Confusa, Evelyn hizo las presentaciones con rapidez, temiendo que su vecina diese a aquella amistad un significado que no tenía. Pero la bella mujer no pareció inmutarse, y se mostró cortés y amable con el escritor.

—Celebro conocerle, señor Dexter, y espero que escriba un buen libro con sus experiencias en Haití. Este es un país singular para alguien que sepa encontrar sus misterios y sus peculiaridades, se lo aseguro. Pero no les molestaré más. Debo regresar cuanto antes a mi propiedad. ¿Puedo acompañarla, querida, o lo hará el señor Dexter?

—Ni una cosa ni otra —se apresuró a responder la joven viuda—. Benjamín, mi sobrino, me llevará a El Delfín dentro de poco. He venido con él a Puerto Príncipe, éste es sólo un encuentro casual.

—Lo comprendo —la vaga sonrisa de la dama se hizo ambigua—. De todos modos, ya sabes, querida. Cuenta con mi ayuda para cuanto necesites. Somos vecinas y amigas, no vuelvas a llamarme sino Sylvie simplemente, ¿de acuerdo, Evelyn?

—De acuerdo... Sylvie —dijo con dificultad el nombre, familiarmente—. Gracias por todo. ¿Por qué no vienes a verme algún día y charlamos?

—Encantada. Te aseguro que iré —aseguró la bella vecina, haciendo una leve inclinación a Dexter, antes de abandonar el cafetín, con sus majestuosos andares, que hacía crujir sus ropas doradas y blancas, ceñidas a sus firmes curvas.

—Una mujer seductora e inquietante —comentó Dexter, pensativo, al desaparecer ella—. Yo no sabría si considerarla amiga o enemiga...

—Pienso lo mismo —suspiró Evelyn, poniéndose en pie—. Bien, Harry, debo irme ya. No quiero que nuestro encuentro pueda provocar comadreos en este lugar. Aunque estemos lejos de El Delfín, veo que es fácil encontrarse con otras personas en esta ciudad...

—Haití es como un pañuelo —sonrió Dexter, acompañándola a la salida —. Ya está oscureciendo. ¿Quiere que la acompañe hasta reunirse con su sobrino en el mercado?

—No hará falta, gracias. Puedo ir yo sola.

—Recuerde que en esta ciudad matan violentamente a algunas mujeres, Evelyn. No quisiera que corriese riesgos. Vaya por calles bien alumbradas, y no se fíe de nadie.

—Así lo haré, gracias. Hasta otra ocasión, Harry. —Hasta siempre, Evelyn —dijo Dexter, mirándola largamente al separarse de ella.

Cuando Evelyn llegó al mercado, por fortuna ya estaba allí Benjamín. Y no se encontraba solo. Con él, vio a una mujer altísima, delgada y rígida como un poste, de cabellos negrísimos, casi azules, tensos hasta su nuca, donde se des prendía una sedosa, aceitosa cola de pelo azabache, hasta rozar su cintura. Grandes aros de plata colgaban centelleantes de sus orejas. Tenía la tez cobriza, grandes ojos negros, rasgados, y labios delgados y prietos. A su lado, un jovenzuelo moreno, de pelo negrísimo y ojos intensamente oscuros y enormes para su delgada faz casi infantil, charlaba animadamente con Ben.

Al llegar ella, los tres volvieron la cabeza. Evelyn notó que los ojos negros de la desconocida, casi perforaban su cráneo, tratando de leer en su mente. Eran como agujas negras y ardientes que producían una extraña impresión. En cambio, la oscura mirada del muchacho era mansa, risueña y hasta ingenuamente amistosa. Creyó leer en ella una cierta admiración, acaso hacia el color de su piel y de sus ojos celestes.

—Oh, tía Evelyn —exclamó Ben con su jovialidad habitual—, Te voy a presentar a dos personas muy especiales. Lo cierto es que ellos estaban deseando conocerte, pese a que tu presencia en Haití no les resulta demasiado beneficiosa...

—Creo imaginar quiénes son —habló Evelyn, algo tensa.

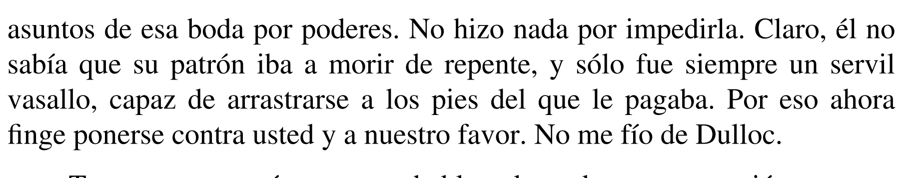
—Acierta, querida señora Corley —habló con acento *creole* la morena belleza—. Soy Yvonne, la ex esposa de Jason Corley. Éste es Gastón, mi hijo. Un Corley, a fin de cuentas, por sangre y por apellido...

—Celebro conocerles a ambos —respondió Evelyn con una sonrisa que se preguntó si sería tan forzada como temía—. De verdad, Yvonne. Yo no tengo nada contra nadie.

—Yo, si —respondió ella, algo fría—. Pero no contra usted personalmente, claro. No tiene culpa alguna de haber aceptado la boda con un hombre rico que buscaba esposa. Es la memoria de Jason a la que no perdono. Ni a personas como Lori o como ese abogadillo, Dulloc.

—Creí que estaban unidos contra mí todos —sonrió ahora Evelyn, algo cínica.

—En cierto modo, estoy contra usted, claro —confesó Yvonne—. Somos rivales. No sólo como esposas de Corley, sino por cuestión de su herencia. Pero repito que la culpa fue de otros, no suya. Dulloc llevó los


asuntos de esa boda por poderes. No hizo nada por impedirla. Claro, él no sabía que su patrón iba a morir de repente, y sólo fue siempre un servil vasallo, capaz de arrastrarse a los pies del que le pagaba. Por eso ahora finge ponerse contra usted y a nuestro favor. No me fío de Dulloc.

—Te ruego, mamá, que no hables de todo eso —terció con voz profunda, grave y suave, a la vez, el joven Corley, aferrándole un brazo—. La señora Corley no tiene por qué sentirse ofendida o molesta por nuestros problemas.

—Gastón, para ti sólo puedo llamarme Evelyn, no «señora Corley» —respondió la joven dulcemente—. Tus derechos de hijo jamás los discutiré, de eso puedes estar seguro. Sólo pretendo defender lo que es mío, ni más ni menos.

—Estaba seguro de eso, Evelyn —el muchacho la miró con simpatía—, Pero mamá está escarmentada con los Corley, no se le reproches demasiado. Tampoco debes fiarte tú demasiado de ellos.

—Yo, querido Gastón, no me fío ya de nadie —suspiró Evelyn de buen humor.

—Hará bien, querida —aprobó Yvonne—. Tal vez Ben sea el mejor. Pero no puede evitar ser un Corley. Sólo espero que mi hijo nunca llegue a ser como ellos, pese a la parte de sangre que lleva de la familia...

—Bueno, ya os conocéis todos —terció Ben, con su jovialidad habitual, sin dar importancia a nada—. Ahora, creo que es hora de volver a la haciendo, tía Evelyn. Es de noche, y el viaje es largo. Cenaremos tarde, me temo.

—Sí, vamos cuando quieras —se volvió a Yvonne y le tendió la mano—. Espero que, ocurra lo que ocurra en el futuro, Yvonne, no lleguemos a ser nunca enemigas, aunque tengamos que ser rivales. Estás en tu derecho de pretender ilegalizar tu divorcio y mi matrimonio, eso es todo. Pero te repito que, mientras yo viva, tu hijo nada tiene que temer de mí. Es el hijo de Jason Corley, y suyos son todos los derechos como tal.

—Es muy noble de tu parte, Evelyn —confesó la mestiza— Lo tendré en cuenta. Y cuídate. Has hablado de tu propia vida. No quisiera que la perdieras. Y en esa casa, El Delfín... a veces me da miedo pensar lo que puede suceder. Los muertos andan, la gente muere demasiado súbitamente... Ten cuidado, Evelyn, ten cuidado.

—Lo tendré, no temas —aseguró ella, sintiendo la desagradable impresión de que había en el tono profundo de voz de la mujer del pelo negro una cierta nota de presagio funesto, de trágica advertencia.

Subieron al coche de Ben, partiendo hacia el norte. Atrás, despidiéndoles, quedaron madre e hijo. Serena, arrogante y fría ella. Agitando

afectuosamente su brazo el joven Gastón.

Rodaron en silencio hasta abandonar Puerto Príncipe e internarse por una de las sinuosas carreteras que, a través de platanares, cañaverales, algodoneros y campos de yuca o cafetales, se internaban hacia el norte, en dirección a Saint Marc y el litoral norteño de Haití.

—¿Todo fue bien con el abogado Claudel? —se interesó Ben de repente.

—Sí, muy bien. Aceptó el caso y prometió resolverlo favorablemente.

—Me alegro —rió el joven—. Me alegro por Lori, por Dulloc... e incluso por Yvonne.

—¿Cómo puedes decir eso? Parecía una mujer bastante razonable...

—No te fíes tampoco de ella. Finge, estoy seguro. Te odia, como odiaba a tío Jason. Gastón es un buen muchacho, muy infantil y de buena fe, pero ella... —meneó la cabeza—. Finge ser también buena amiga mía, pero no me soporta. Creo que si pudiera me mataría con sus propias manos. Nos mataría a todos, para aupar a su hijito al trono de los Corley...

—No hables así, Ben —le reprochó Evelyn—. Ya he oído hoy demasiado de muertes y de violencias... Un amigo a quien conocí en el barco, me habló de los asesinatos de mujeres en Puerto Príncipe. Hubo un momento, de regreso al mercado, que tuve casi miedo de ser asaltada por un sádico...

—Oh, ¿te refieres a esas chicas mutiladas? —rió Ben, con su cinismo inevitable—. Eran vulgares rameras, pese a tener entre once y quince años. Aquí, muchas ejercen la prostitución a esas edades, no te escandalices. Algún tipo chiflado abusó de ellas sin llegar a violarlas, y luego las cortó a trocitos.

—Por favor, Ben... —rogó Evelyn, sintiendo náuseas.

—Perdona. No debí expresarme así. Pero lo dije para que comprendas que no debes temer nada. Ese asesino sabe a qué clase de fulanas ataca... —y rió entre dientes, como si hablase de algo muy divertido, mirando con ojos burlones a su joven tía.

Evelyn prefirió no hablar más de tema alguno, y se mantuvo en un hosco silencio durante el resto del viaje. Ben intentó varias veces conversar y, al tropezar con el mutismo de su tía, optó por callar, conduciendo en silencio.

Habían dejado atrás las plantaciones de Sylvie Doré, su vecina de los vestidos exóticos y sofisticados, cuando ocurrió.

De repente, los faros del coche alumbraron a alguien en el desierto y angosto camino de tierra. Ben tuvo el tiempo justo de frenar en seco, entre una polvareda.

El caminante se detuvo ante ellos unos momentos, envuelto totalmente en

la blanca luz de los faros. Ben se quedó mudo, helado de estupor.

Evelyn dilató sus ojos, lanzó un chillido terrible, y contempló alucinada el rostro que la luz revelaba con toda nitidez.

¡El hombre de la carretera, en plena noche... era Jason Corley, su difunto esposo!

CAPÍTULO VI

La visión increíble duró apenas cinco segundos.

Luego, de inmediato, la figura cruzó el camino bien iluminado, y se hundió entre los cañaverales que formaban los flancos de la ruta. El sendero se quedó vacío.

—¡Jason! ¡Es Jason! —exclamaba Evelyn, en plena crisis histérica, rota su voz por los sollozos, convulsionado su cuerpo por los espasmos.

Benjamín Corley, lívido, descompuesto, abrió la portezuela, sin saber qué hacer. Corrió a mitad del camino, se precipitó luego hacia los cañaverales, por donde se introdujo, en busca del fantástico ser vislumbrado poco antes en la carretera.

Evelyn, aterrorizada, al verse sola dentro del coche, ocultó el rostro entre ambas manos, temblorosa de ver otra vez la espantosa visión. Su crisis nerviosa era tremenda, y le costaba trabajo, pese a su firme voluntad, combatir el histerismo violento que la dominaba.

Ben estuvo de regreso segundos después. Penetró rápido en el coche, tomó en sus brazos a su tía, y la abofeteó seco y contundente, sin más ambages.

Evelyn reaccionó. Sollozando, contempló al joven sobrino, luego miró la carretera desierta, la claridad espectral de los faros, dibujando nítidamente los cañaverales de ambos lados contra el negro de la noche.

—Era Jason... ¡Era Jason! —sollozó—. Y estaba ahí, ante nosotros...

—Sí, tía, era tío Jason —admitió Ben, con rostro demudado—. Lo vi tan claramente como tú misma. No hay duda alguna. Era él.

—Pero... ¡pero Jason está muerto! —gimió la joven viuda.

—Claro. Está muerto. Pero era él... —Ben tragó saliva—. Otro de ellos... Otro *zombie,* sin duda. Un muerto que anda, tía Evelyn... Vamos, tenemos que llegar lo antes posible, contar lo ocurrido. Hay que comprobar si tío Jason sigue en su tumba o no.

La calmó lo mejor posible, cerró de nuevo la portezuela y voló hacia El Delfín, serpenteando en el estrecho camino repleto de curvas, mientras explicaba con voz ronca, entrecortada:

—Traté se seguirle, de dar con él... Se perdió, tía. Se perdió en los cañaverales de la finca de Sylvie Doré, sin dejar rastro... Esos malditos *zombies* siempre acaban desapareciendo sin que dejen huella de su paso...

* * *

La sepultura vacía apareció ante todos ellos.

Dentro, un montón de piedras pesadas formaban el único lastre contenido dentro del lujoso féretro. Del cadáver de Jason Corley, ni el más leve rastro.

Pierre Dulloc, Lori y Ben Corley, el doctor Villars y Evelyn, así como el funcionario local de policía de Saint Marc, llegado poco antes en un *jeep*, el grueso y sudoroso Michel Prejean, mantuvieron un mutismo mortal, casi siniestro. Sobre el paraje funerario del pequeño cementerio cercano a El Delfín planeó un clima de angustia y horror que era casi tangible, como una bruma que oprimiera corazón y cerebro a los allí presentes.

—Dios del cielo... —sollozó Lori, aterrada—. Tío Jason... No está...

—No podía estar, querida prima —susurró Ben, irónico—. Tía Evelyn y yo lo vimos tan claramente como te estamos viendo a ti ahora... Andaba como si estuviese vivo. Pero todos sabemos que era sólo un cadáver viviente... el sudor con un gran, pañuelo arrugado, antes de inclinarse y estudiar, perplejo, los cierres del féretro y las piedras de su interior, que sopesó, absorto.

—El féretro no fue forzado —comentó—. Parece como si lo hubieran abierto sin violencias... Las piedras están húmedas y cubiertas de musgo. Deben ser del cercano arroyo, estoy seguro. El limo es rojizo, como en el vado que hay cerca de la hacienda. No hace mucho que se hizo el cambio del cadáver por las piedras, tal vez no más de veinticuatro horas, diría yo, a juzgar por el aspecto de las piedras.

—De modo que desenterraron al señor Corley y pusieron esas piedras dentro —apuntó gravemente el abogado Dulloc.

—Eso parece. Podría hablarse de un robo sacrílego. Pero a juzgar por los testimonios de la señora Corley y el señor Corley, el difunto no sólo fue extraído de su ataúd, sino vuelto a la vida... a esa especie de vida inanimada que sufren los *zombies* en estas tierras desde tiempo inmemorial.

—¿Usted cree en esas cosas, comisario Prejean? —demandó con aire escéptico Lori Corley.

—Estoy obligado a ello, señorita —suspiró el policía—. Sé de demasiados casos parecidos para poner en duda que existe algo que devuelve una cierta clase de segunda existencia a los muertos, llámese brujería o lo que sea.

—Hasta ahora, siempre fue con gente sencilla, con trabajadores o esclavos —señaló Ben, pensativo—. Mi tío es el primer caso de un hacendado que se convierte en un muerto que anda, comisario.

—Lo sé, lo sé —resopló Prejean, otra vez cubierto de sudor su ancho rostro de frente abombada—. ¿Y qué quiere que le diga? Uno nunca sabe lo

que pasa por la mente de esas personas que dominan la brujería y pueden devolver la vida a los muertos.

—¿No cabría la posibilidad de que Jason Corley hubiera sufrido solamente una especie de ataque de catalepsia y hubiese resucitado más tarde, sacándole alguien de su tumba? —sugirió de repente Pierre Dulloc.

Todos se volvieron hacia él, inquietos. El doctor Villars intervino con energía, mostrando un gesto de dignidad ofendida:

—¡Eso es un disparate, Dulloc! ¡Jason Corley estaba muerto y bien muerto cuando yo lo examiné! Un ataque de catalepsia es otra cosa. Podía confundirse con la muerte clínica en otros tiempos, pero no hoy en día. Yo puedo garantizar, sin lugar a dudas, que cuando examiné el cuerpo de Jason Corley, él estaba muerto, sin lugar a la menor duda. Y puedo jurarlo ante quien sea, sin temor a equivocarme.

—Está bien, no se enfade, doctor —trató de conciliar Dulloc—. Sólo era una sugerencia, una posibilidad... He oído hablar a veces de hechos así...

—Sin duda. En el siglo pasado podía ser algo frecuente —dijo Villars, sarcástico, aunque lo cierto es que su rostro, a las luces macilentas de las lámparas que portaban los asistentes a la fúnebre tarea de exhumar los restos de Corley, revelaba una expresión más bien sobrecogida e incómoda—. Pero repito que Jason Corley estaba muerto y bien muerto cuando yo le examiné y firmé su certificado de defunción.

—Bien, señores, no ganamos nada con discutir la cuestión aquí y ahora —cortó con aspereza Prejean—, Volvamos a la casa. Mañana haré mi informe al juez, y que él resuelva las diligencias a realizar. Haré que mis hombres busquen por toda la zona la presencia del difunto, aunque todos sabemos que es difícil hallar a un *zombie,* si quien le dio la vida de nuevo no quiere que sea hallado...

Eso marcó el final de la discusión en tan macabro lugar, y tras cubrir la fosa de Corley con tierra, reanudaron la marcha, de regreso a la hacienda. El comisario Prejean se despidió de todos, estrechando las manos ajenas en las suyas grasientas, y se alejó hacia Saint Marc en su destartalado automóvil modelo 1950, por la polvorienta ruta que atravesaba los cafetales hacia la costa.

Evelyn logró al fin retirarse a su alcoba, temiendo encontrarse de nuevo con la espectral Maluba al cruzar el umbral del dormitorio. No fue así, por fortuna, y logró acostarse con relativa calma, tras tomarse un tranquilizante que le diera el doctor Villars tras enterarse de lo sucedido en el viaje. Minutos después, conciliaba el sueño y dormía profundamente, aunque viviendo oníricamente una pesadilla extraña e informe, en la que ataúdes vacíos, muertos caminantes y risas de ultratumba acompañaban a la visión dantesca de mujeres decapitadas en las calles de Puerto Príncipe, cuyas

cabezas, separadas del cuerpo como los pechos, manos y pies, rodaban por el empedrado desnivel de las vías urbanas en pendiente, mientras ella era perseguida por la morena Yvonne y la sofisticada Sylvie, cuyas risas herían sus oídos.

Cuando cayó en una zanja callejera, en compañía de todas las manos, pies, pechos y cabezas de las prostitutas adolescentes asesinadas en la capital, sintiendo chapotear la sangre bajo el impacto de su cuerpo aterido, las risas se volvieron alaridos, y Lori Corley y Pierre Dulloc, cogidos de la mano de los cadáveres de Maluba y del propio Jason, se precipitaron hacia ella, envolviéndola en un acre hedor a muerto, y putrefacción, que la hizo despertar, sobresaltada, pegando un brinco en la cama, empapada en sudor su carne y sus ropas interiores.

Incluso emitió un grito ahogado, ronco, lleno de terror.

Un grito que, inesperadamente, tuvo eco en algún lugar de la casa, en otro alarido desgarrador, terrorífico, que helaba la sangre en las venas, y que hablaba de dolor, de pánico, de muerte...

Demudada, saltó de la cama buscando una prenda de abrigo para cubrirse. El sudor de su piel era helado. Le temblaban las manos y sentía una rara inquietud, tratando de averiguar si aquel grito humano había sido real o simple producto de su propia pesadilla.

Cuando logró enfundarse en una bata y calzar sus pies en las zapatillas, ruidos de puertas en la casa, voces lejanas y rumor de carreras le revelaron que, en efecto, algo sucedía en la finca de los Corley en aquel momento. Miró su reloj de pulsera, que le mostró su esfera luminosa en la penumbra. Eran las dos de la mañana.

Abrió la puerta, dominando su inquietud. Vio luces abajo, en la planta de la casa, y oyó rumor de voces confusas. Se acercó a la escalera, asomándose al hueco. Vislumbró a François, el criado mulato, cruzando rápido el vestíbulo.

—¡ François! —llamó con voz ronca—. ¿Qué es lo que sucede?

—El criado alzó su rostro hacia ella. Parecía demudado.

—Lo siento, señora —declaró—. Algo muy grave. Se trata del doctor Villars. Está... está muerto.

—¡ Dios, no! —Evelyn ahogó un gemido de horror ante la noticia. Ya François, prestamente, se alejaba por el vestíbulo. Tras una indecisión. Evelyn corrió escaleras abajo, encontrándose por el camino con Lori Corley, muy pálida, que se había puesto la bata de tal modo que dejaba ver la desnudez de sus jóvenes pechos sin darse cuenta siquiera de ello. La detuvo, sujetándola por un brazo.

—Tía Evelyn, es horrible —murmuró la muchacha, mirándola con ojos dilatados—. Pobre doctor Villars...

—Pero ¿qué es lo que sucede? —demandó angustiada Evelyn—, François dijo que está muerto...

—Así es. Se quedó a dormir aquí, después de acudir a la exhumación de los restos de tío Jason... Y ahora... ahora, ¡oh, Dios mío! Pero ¿qué está ocurriendo?

Se alejó sin aclarar nada. Evelyn, como sonámbula, caminó hacia las dependencias de la casa que se destinaban habitualmente a los invitados, en el fondo de la planta baja. Antes de llegar, un Pierre Dulloc pálido y nervioso trató de detenerla.

—No, señora Corley, no debe ir —argumentó con voz crispada—. No es espectáculo para una mujer...

—Suélteme, se lo ruego —pidió ella con energía—. Creo poder pasar cualquier prueba sin problemas, después de haber visto esta misma noche el cadáver de mi marido moviéndose por ahí como si jamás hubiera estado sepultado bajo .tierra...

—Como quiera —dijo Dulloc, echándose atrás—. Yo la avisé ya, señora.

Sin hacerle caso, Evelyn avanzó hacia el fondo, donde se veía una puerta a medio abrir. Ante ella, Ben y Mamá Zenobia permanecían rígidos. La obesa negra sollozaba, pronunciando oraciones entre dientes, con sus ojos dilatados y persignándose repetidas veces, Ben, muy pálido, se limitó a cambiar una mirada con Evelyn, sin intentar en ningún momento impedirle la entrada.

La joven viuda asomó a la estancia. Estuvo a punto de desplomarse, pero logró dominar su espanto, su supremo horror ante la sangrienta escena que tenía ante sus ojos.

El doctor Villars yacía en su cama, boca arriba. Un enorme charco de sangre empapaba las ropas del lecho y el cadáver. Un tajo terrorífico había separado su cabeza del tronco. Manos y pies, asimismo, estaban segadas de forma limpia y precisa, pero tanto la cabeza, como el rostro crispado, los ojos desorbitados y la boca convulsa, como las extremidades mutiladas, permanecían en el lecho, ligeramente separadas del resto del cuerpo, entre regueros escarlata que corrían por ropas y suelo, en un auténtico aquelarre sangriento.

CAPÍTULO VII

Fue un entierro muy concurrido, en la localidad costera de Saint Marc, bajo un nublado plomizo en una tarde húmeda y presagiando lluvia. El viejo médico debía de ser muy conocido, porque numerosos vecinos del lugar siguieron el fúnebre cortejo hasta el cementerio local, en donde fue inhumado tanto el cuerpo de la víctima como los cinco macabros fragmentos separados de su tronco. Alguien comentó con fúnebre sentido del humor durante la ceremonia, no lejos de donde Evelyn, con los demás Corley, presidía el duelo:

—Al menos el buen doctor nunca será un *zombie*. No he oído hablar de nadie que saliera de la tumba sin cabeza, manos y pies... y eso, cuando menos, ya es algo Cambió en ese momento una mirada de angustia y de horror con Benjamín Corley, que se limitó a sonreír torcidamente y encogerse de hombros, como dando por trivial aquel tétrico comentario.

Lo cierto es que, de regreso a El Delfín, el ambiente de la finca se notó más lúgubre y triste que de costumbre. Eran ya dos las tragedias que gravitaban, con toda su tremenda intensidad, sobre los muros y habitantes de aquella casa. En las viviendas de los criados, se podían oír cánticos religiosos que reflejaban temor supersticioso y fervor esotérico muy propio de las gentes de aquellas latitudes.

Yvonne Monnard, de casada Yvonne Corley, y su hijo Gastón, no faltaron a la reunión fúnebre, lo mismo que la vecina, Sylvie Doré. Al parecer, también ellos eran pacientes del doctor Villars en ocasiones. Fueron invitados a quedarse para la cena, invitados personalmente por Evelyn, que se convirtió así, contra viento y marea, en la auténtica anfitriona de la casa. A Lori eso no pareció gustarle demasiado, pero se mantuvo en silencio, mientras Ben aprobaba su actitud con un guiño significativo.

—Has sido muy generosa y amable al invitarnos —dijo Yvonne, al término de la cena, poco animada y menos cordial—. Imaginé que no estarías para ceremonias, dado lo sucedido aquí en la madrugada de ayer...

—Hay que sobreponerse a todo, querida —respondió serenamente Evelyn-. Empiezo a familiarizarme con la muerte. Y con otras ajas más allá de la propia muerte...

—Sé a lo que te refieres —suspiró la divorciada—. Pierre me contó la visión que tuviste en las plantaciones al venir. Debió de ser terrible para ti...

—Fue un *shock* muy fuerte, lo admito —sonrió Evelyn, muy dueña de sí—. Pero hay cosas peores, como la muerte de Villars, por ejemplo. Me pregunto quién podría tener interés en matar al buen doctor... a menos que él supiera algo sobe la muerte de Jason, algo que a su asesino no le con

venia que llegara a saberse...

—¿Qué quieres decir con eso? —saltó vivamente Lori, dejando caer sus cubiertos con seco estrépito sobre el plato—, ¿Estás acusando a alguien, tía?

—Cielos, a nadie, imagino... salvo al propio asesino del doctor, supongo —fue la suave y fría respuesta de la viuda—, ¿Es que te das por aludida en algo, querida Lori?

—Tía, eres insidiosa y malévola —se irritó la muchacha, incorporándose de un salto—. No hay duda de que te convendría mucho poder probar que Ben y yo matamos a tío Jason, ¿no es cierto? Te quedarías virtualmente sin enemigos...

—Estás diciendo tonterías, Lori —le atajó Yvonne con voz helada, clavando en ella sus ojos color azabache—. ¿Olvidas acaso que mi hijo es el único rival que, en todo caso, tendrá la nueva señora Corley en el momento de disputarnos la fortuna del difunto Jason? Tú y Ben contáis muy poco a la hora de decidir.

—Por desgracia para nosotros, querida prima, Yvonne tiene toda la razón —apoyó irónico Ben—, Estás desmadrándote estúpidamente. Nadie te ha acusado aquí. Tanto tú como yo, Yvonne, el propio Gastón o el señor Dulloc, pudimos tener interés en que tío Jason muriese de repente, pero eso no quiere decir que ninguno de nosotros comprase la complicidad del doctor para conseguirlo con eficacia.

—Tú también dices tonterías, Ben —le reprochó con dureza Dulloc—. ¿Por qué habría de desear yo la muerte de tu tío, si puede saberse?

—Oh, era un decir —rió Ben—. Como he oído comentarios por ahí, maliciosos sin duda, que ponen en tela de juicio sus familiares...

—¡Eso es una infamia! —rugió Dulloc, enrojeciendo vivamente, airado —. No tolero insinuaciones de ese tipo, a menos que sean hechas directamente, como una acusación en toda regla...

—Vamos, vamos, querido Dulloc, yo no puedo acusarle de nada —sonrió Ben—, Sólo me limito a repetir comentarios oídos por ahí, en boca de la gente...

—Es magnífico ver de qué modo se despedazan ustedes unos a otros —señaló en ese punto Sylvie Doré con frialdad, dibujando una mueca burlona en sus carnosos labios, mientras los ojos ambarinos estudiaban desdeñosamente a los comensales—, ¿Creen que el difunto Jason Corley aprobaría su modo de comportarse tras de su muerte?

—Eso parece importar poco ya —replicó Lori, destemplada—. A fin de cuentas, él está muerto...

—Al parecer, no del todo, querida —terció Yvonne con voz glacial—. Cuando ha sido visto andando por ahí... ¿quién nos dice que su espíritu no está entre nosotros?

—Mamá, no digas cosas horribles —suspiró Gastón, algo nervioso—. Todos sabemos que un *zombie* no tiene espíritu. Es sólo un cuerpo que anda...

—Gastón dijo la verdad —afirmó Dulloc con sequedad—. Un *zombie* no piensa ni comprende. Es un simple cadáver animado mediante brujería, sin voluntad ni entendimiento. Sería mejor que dejáramos esta conversación tan poco adecuada y guardásemos un respeto sincero a la memoria de Jason Corley.

—Amén —completó, sarcástico, el joven Ben.

Pero lo cierto es que ya no se volvió a hablar de ello durante el resto de la cena. Al final de ella. Yvonne y su hijo se despidieron prestamente. Ambos parecían molestos en aquel lugar, aunque se despidieron cortésmente de Evelyn. Gastón incluso besó afectuosamente la mejilla de Evelyn, dándole un cariñoso golpecito en el hombro.

—Animo, Evelyn —susurró, sin que su propia madre pudiera oírle—. No hagas caso a todos esos buitres. Eres una gran chica, te lo aseguro.

Cuando Sylvie anunció su partida, Evelyn habló de pronto con vivacidad:

—¿Le importará si la acompaño, querida amiga? —dijo prestamente.

Sylvie la miró, pensativa. Luego enarcó las cejas, sonrió levemente y afirmó:

—Claro. Será un placer. La llevaré a mi casa y tomaremos allí una copa. Luego, mi criado puede traerla de regreso. Me encantará que hablemos ambas a solas.

Salieron juntas en el coche de la vecina. Apenas se alejaron de la hacienda. Sylvie Doré dibujó una sonrisa en sus labios y murmuró, conduciendo por la carretera entre cañaverales:

—Lo que realmente desea es telefonear a ese amigo suyo de Puerto Príncipe, ¿no es cierto?

—Sí —suspiró Evelyn—, Ha adivinado mis deseos. Necesito a alguien al lado en quien confiar. Voy a invitarle a pasar unos días en El Delfín.

—Me parece muy bien. Pero ¿qué opinarán sus familiares de esa visita?

—Eso me tiene perfectamente sin cuidado, se lo asegure —afirmó ella, rotunda—. Empiezo a intuir que hay algo siniestro y horrible en esa casa. Algo que nos amenaza a muchos, no sé aún por qué... Si va a suceder algo de lo que me temo, me gustaría sentirme protegida, digan los demás lo que

digan, amiga mía.

* * *

Harry Dexter llegó a la mañana siguiente en su flamante coche alquilado en un negocio de arrendamiento de automóviles sin conductor de Puerto Príncipe. Era un moderno y rápido descapotable deportivo, un Ford de color rojo vivo y brillante, que pareció causar la admiración de todos los trabajadores de la casa, incluso François y la robusta Mamá Zenobia.

Se presentó fingiendo ser viejo amigo de Evelyn, en viaje profesional por Haití, e interesado en conocer al esposo de la recién casada. Fingió muy bien su sorpresa por la muerte de Jason Corley y más aún por la muerte atroz del doctor Villars, si bien ya conocía los macabros detalles del crimen a través de la llamada telefónica que Evelyn le hiciera la noche antes desde la casa de Sylvie Doré.

—Da la impresión de que quien mató al doctor fue la misma persona que, según mis informes, ha asesinado ya a cuatro mujeres en lo que va de año, en Puerto Príncipe —señaló Dexter cuando estuvo reunido con la familia, en el salón de la hacienda.

Pierre Dulloc le dirigió una viva mirada, dejando de fumar, algo perplejo, para terminar asintiendo con la cabeza y con su voz, en un tono pausado:

—Eso es muy cierto, señor Dexter —aceptó—. No se me había ocurrido, a causa de que todos esos crímenes, hasta ahora, han sido exclusivamente con víctimas femeninas, pero obviamente, las circunstancias y detalles son los mismos. Cabezas, pies, manos... Sólo cambia en los pechos, naturalmente, porque el buen doctor no era una mujer.

—Pero Puerto Príncipe está lejos de aquí —apuntó Lori, alarmada—, ¿Cómo pudo desplazarse el asesino hasta esta casa?

—Como se desplaza cualquiera, señorita —sonrió Dexter—. En automóvil.

Lori sonrió, asintiendo, sin irritarse con el recién llegado. Evelyn se dijo que la joven sobrina de Jason Corley parecía particularmente atraída por el atractivo varonil del visitante, y estaba dispuesta a aceptar de buen grado todo cuanto él dijese. Ben, en cambio, se mostró, algo hostil con 'el joven escritor.

—El doctor Villars tiene poca relación con cuatro rameras adolescentes —señaló, algo hosco—. ¿Por qué supone que un sádico asesino cambiaría así de víctima?

—No lo sé, no soy el asesino —rió Dexter con buen humor—. Pero si se trata de un demente, como parece, todo es posible... ¿Qué sabemos de lo que

sucede en la mente de un enfermo mental?

—De todos modos, ese asesino tendría que ser alguien de aquí dentro —objetó Evelyn en ese punto—. Las puertas no fueron violentadas esa noche. Y tampoco las ventanas, que yo sepa.

—Pero ésta es una región muy cálida —señaló Dexter, pensativo—. Siempre se dejan aberturas franqueables. Una persona lo bastante hábil y sigilosa puede entrar fácilmente en una de estas propiedades, no hay duda.

—En eso, estoy de acuerdo con tu amigo, tía Evelyn —apoyó Lori mirando embelesada a Dexter—. No tuvo que ser necesariamente nadie de esta casa. ¿Por qué te empeñas en acusar a uno de nosotros de algo tan abominable?

—No acusé a nadie —negó Evelyn—, Sólo dije que quien fuese no dejó huellas de su paso tras degollar y decapitar al doctor, cosa que provocó el postrer alarido de éste. Sólo en unos pocos segundos más, cortó sus pies y manos. Y, sin embargo, pudo desaparecer sin ser advertido ni oído. Extraño, ¿no te parece, Lori? Sobre todo, para un intruso llegado de Puerto Príncipe, que desconoce totalmente esta casa...

—¿Y por qué habría de desconocerla, tía Evelyn? —objetó ahora Ben—. Todos visitamos Puerto Príncipe con cierta regularidad. La suficiente para que cualquiera de nosotros fuese un asesino que llega allí, comete su crimen y vuelve a esta casa tan tranquilo. Incluso la señorita Doré, nuestra vecina, visita esa ciudad frecuentemente. Por no hablar de Yvonne y Gastón que viven ahora allí, pero que conocen a fondo esta casa. Como ves, cualquiera podría ser el asesino del doctor Villars... y de las cuatro rameras.

—Cualquiera que conociese esta casa, según su teoría —sonrió Dexter—. Es usted el que lo ha dicho, no yo.

—Touché —admitió Ben de mala gana, incorporándose con un resoplido —. Os dejo para ir a preparar las cuchillas para mi próxima masacre. El doctor Villars, además de ser un varón, era tan feo que ni siquiera pude sentirme homosexual al asesinarle. Mi futura víctima será otra jovencita hermosa, no lo dudéis...

Rió, haciendo una pirueta sobre ambos pies, para salir de la sala en un mutis digno de un actor teatral. Lori mostró su disgusto, mirando a Dexter con aire de disculpa.

—¡Payaso! —manifestó, despectiva—. No le haga caso, señor Dexter. Siempre anda diciendo inconveniencias y tonterías sin sentido. Disfruta con ello.

—Claro que no le hago caso —sonrió Dexter—. El asesino puede que sea también un presuntuoso engreído, pero nunca confesaría tan claramente sus crímenes, téngalo por seguro, mi encantadora señorita Corley.

Cuando Lori se ausentó momentos después, parecía ir en trance por las palabras del escritor. Evelyn rió, al quedarse solos ambos en la estancia.

—Creo que es el primer hombre que ha chiflado a Lori —comentó de buen humor—. Debe resultar usted irresistible, Harry.

—No lo crea. Esa jovencita es una reprimida, eso es todo. Pero creo que la odia.

—Lori odia a todo el mundo. Y presiento que todos me odian aquí —Evelyn le miró, casi desesperada—. Por eso le llamé, Harry. Necesito un amigo, alguien en quien confiar...

—Bien, le dije que podía tener fe en mí, y se lo repito —afirmó él gravemente—, ¿Le ha asustado mucho ese horrible crimen?

—Bastante, sí. Tal vez Jason fue asesinado también, pero me queda la duda. Ignoro quién le ha dado nueva vida como muerto viviente, pero lo del doctor es distinto. Un hecho tan espantoso... bajo este mismo techo, mientras dormíamos... ¿Por qué, Dios mío, por qué?

—No puedo responderle a eso, pero... ¿no dijo usted que cabía la posibilidad de que el doctor Villars hubiese falseado el certificado de defunción de su esposo? Si es así... ¿por qué no pensar que el asesino de Jason Corley decidió luego silenciar al médico que había sido su cómplice en un crimen?

—Pero matarle así... como el loco asesino de mujeres de Puerto Príncipe...

—Mire, Evelyn, antes estuve diciendo tonterías. Yo no creo que este crimen lo haya cometido la misma persona que mató a las chicas en la capital.

—¿No? ¿Por qué, entonces, esas atroces mutilaciones?

—Ahí tiene la mejor evidencia que lo explique: el asesino pudo pretender justamente lo que consiguió. Que se relacionase un crimen con los otros cuatro. Y que no le buscara nadie la menor relación con la súbita muerte de Jason Corley y el papel del doctor en la misma. Luego, desaparecido el supuesto cadáver... no queda prueba alguna de tal crimen, en tanto no se halle el cuerpo de Corley para su autopsia. Y ahora, si él es *zombie*... ¿cómo conseguirlo?

—Es un asunto delirante, espantoso —se estremeció ella, ocultando el rostro entre sus manos—. Se preguntará por qué he tenido que meterme en un problema tan oscuro y peligroso, Harry...

—Yo no me pregunto nada —respondió con firmeza él, tomando una de las manos de la joven y apretándola con fuerza—. Simplemente, estoy a su lado para lo que sea, eso es todo. Cuente conmigo sin condiciones.

—Dios se lo pague, Harry —suspiró ella, mirándole emocionada—. Esta noche dormirá aquí. Es mi invitado, un viejo amigo, ya sabe. No me importa lo que murmuren. Teniéndole cerca me siento mucho mejor. ¿Quiere ver ahora la plantación?

—Será un placer —asintió Harry, sonriente—. Y eso dará verosimilitud a la visita de un viejo amigo a tan hermosa propiedad...

—Entonces, vamos. Será un largo paseo al aire libre, y nos vendrá bien a ambos.

CAPÍTULO VIII

Fue un largo recorrido por los cafetales, cañaverales del azúcar, los campos de yuca y de algodón, recorriendo la amplitud de la finca de los Corley durante varias horas. Harry Dexter, cuando se detuvieron en las chozas de los trabajadores negros, para tomar un poco de agua fresca azucarada, que les sirvieron solícitos los empleados, comentó, dirigiendo una mirada en derredor:

—La verdad, Evelyn, comprendo su afán de lucha. No se deje arrebatar todo esto. Es hermoso y magnífico. Una gran tierra. Tiene derecho a poseerla, y debe pelear por ello con todas sus fuerzas.

—No crea que lo hago sólo por poseer esto —meneó ella la cabeza con tristeza—. Es algo más que afán de posesión, Harry. No soy ambiciosa, pero sí orgullosa. No me gusta verme pisoteada, humillada o burlada. Sé que esto vale mucho, pero para mí vale más mi dignidad humana. De todos modos, Jason se casó conmigo, y tal vez él quería que todo lo que fue de él, sea ahora para mí. Aunque lo que pensara un hombre que murió nunca puede llegar a saberse, claro.

—Sí, eso es cierto. Ni siquiera ahora, aunque sea un *zombie*, podrá saberlo nunca. Los *zombies* no piensan, no hablan, no sienten.

—Por Dios, dejemos eso —se estremeció ella, cuando reanudaban ya la marcha—. No deseo recordar a Jason caminando por ahí, después de muerto, como..., como Maluba y otros así.

—Pero lo cierto es que ocurre y hay que aceptarlo —suspiró Dexter, cuando alcanzaban el *jeep* en el sendero polvoriento, para volver a la finca —. Creo que no debe sentir miedo por él en su circunstancia actual, sino lástima, porque ya sabe que esos pobres cadáveres que andan son inofensivos y... ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Harry señalaba hacia un punto, en el cañaveral, a espaldas de Evelyn. Esta, desconcertada, volvió la cabeza con rapidez, al captar el gesto de sobresalto de su acompañante. Un gemido de horror escapó de sus labios, y palideció intensamente.

—Dios mío... —susurró—. Es ella... Maluba... Su cadáver ambulante, Harry...

Dexter tragó saliva. Sus ojos brillantes siguieron los pasos errabundos y mecánicos del espantoso ser que había surgido del cañaveral, caminando al sol del mediodía como un alma en pena camino del reino de los muertos.

Maluba, la antigua esclava negra de El Delfín, era ahora una mujer flaca, larga, desgarbada y rígida, moviéndose sobre sus pies descalzos, desorbitados los ojos perdidos en la nada, el rostro tirante u lívido, de un

color ceniciento que se hacía blancuzco en los párpados.

Instintivamente, Evelyn se acurrucó contra Harry, que la abrazó contra sí, mirando con una mezcla de estupor y sobrecogimiento la tétrica presencia de Maluba, la mujer que volvía de la tumba para deambular por el mundo sin alma ni conciencia.

—Pobre mujer... —jadeó Dexter—. Debería descansar eternamente y no moverse así por entre los vivos, sin reposo para su cuerpo y su espíritu... Esto no es cristiano, ni tan siquiera justo... ¿Sangraba de ese modo la vez anterior que la vio, Evelyn?

La joven, entonces, dominando el instintivo pavor que le causaba la presencia del muerto en vida, miró con más detenimiento a la infortunada negra. Sufrió un espasmo helado al descubrir que sus pies, tobillos y manos, goteaban sangre e iba dejando entre la caña de azúcar un rastro rojizo de la misma materia viscosa.

—Cielos, no —susurró—. No sangraba entonces... ¿Es que *pueden sangrar?*

—No lo sé —dijo Harry, con voz sorda—. Quédese aquí un instante, Evelyn.

—¿Qué..., qué pretende hacer? —susurró ella, estremecida, mirándole asustada.

—Algo que me saque de dudas —fue su respuesta—. Recuerde que debo escribir sobre los *zombies.* Y nunca oí decir que sangraran...

Con desmesurado valor, Dexter avanzó hacia el cadáver andante. Se detuvo ante Maluba, que le miró sin verle, desde la lejanía infinita de la Muerte. Alargó sus manos el joven escritor. Tocó los dedos sarmentosos y oscuros de la negra. Luego, se inclinó ante ella y palpó sus pies y tobillos. Retiró las manos ensangrentadas, en el momento en que Evelyn notaba que se le erizaban los cabellos.

Maluba, en ese instante, reanudó su marcha por el cañaveral, como lo que realmente era: un muerto que andaba, un ser del más allá del sepulcro, revivido por medio de la oscura hechicería del *vudú.*

Tambaleante, con el rostro sereno pero pálido, Harry se aproximó a la joven y le comunicó con voz sorda, insegura:

—No es *suya,* Evelyn... No es sangre suya, sino de *otra* persona o animal... Pisó algo ensangrentado... y tocó también. No sé lo que ello pueda ser. No valía la pena preguntarle nada. He visto... he visto todo el horror frío de la misma muerte en el fondo de esas pobres y tristes pupilas, Evelyn...

—Sangre... —observó cómo se secaba Harry los dedos en unas hojas, y miró en torno—. ¿Cree que puede haber alguien herido por aquí cerca?

—No sé. Es sangre reciente, cálida... Tal vez. Sigamos el rastro que va dejando en los cañaverales y lo sabremos. No pudo ser muy lejos donde entró en contacto con ella, o estaría ya seca.

Asintió Evelyn, y caminaron ambos, cogidos de la mano, a través de la frondosa jungla de caña de azúcar. Los regueros de sangre y las manchas rojas que Maluba iba dejando a su paso eran claramente visibles. Pudieron seguirlos hasta un pequeño claro en el cañaveral, junto a un arroyuelo que discurría placentero sobre la tierra húmeda.

Rápido, Harry Dexter se volvió hacia la joven y cobró la visión del lugar con su cuerpo, aferrándola por los hombros con energía y aconsejando:

—No, Evelyn, no mire, por lo que más quiera...

—¿Qué... qué sucede? —gimió ella, estremecida—. Necesito verlo... No me asuste...

—Lo que asusta es su contemplación, se lo aseguro —el tono de voz de él era ronco—. Hay un cuerpo, un cadáver tendido ahí, sobre un enorme charco de sangre. Es alguien..., alguien a quien han decapitado... y han cortado manos y pies...

—¡Oh, no, no! ¡Otra vez no, por el amor de Dios! —gritó Evelyn, horrorizada.

Y él no pudo impedir que mirase al lugar donde yacía la víctima, sobre la cual zumbaban innumerables moscas, posándose en la sangre y en la cabeza del infortunado, separada varias yardas del tronco...

—¡Gastón! —escapó el nombre en un alarido de la garganta femenina—. ¡Es Gastón, el hijo de Jason...!

Harry luchó para apartarla e impedirle seguir mirando.

Y en ese momento, crujió el cañaveral ante ellos... y la figura aterradora del propio Jason Corley, el difunto marido de Evelyn, con las manos empapadas de sangre, avanzó ante sus ojos, para hundirse de nuevo en otra zona frondosa de la caña de azúcar.

Por unos breves, terribles instantes, sus helados ojos habían estado fijos, atrozmente fijos, en la pareja formada por Harry y Evelyn, abrazados el uno al otro.

Harry Dexter permaneció por unos instantes como petrificado.

No tuvo duda alguna en reconocer a Jason Corley, porque recordaba bien la fotografía que Evelyn le mostrara a bordo del barco. Se trataba de la misma persona, sin duda alguna. Otro muerto que caminaba, otro *zombie* salido de la tumba. Aquel siniestro cañaveral, aun a plena luz del día, parecía estar poblado por fantasmales, estremecedoras criaturas del

otro mundo, llegados de entre los muertos.

—Jason, Jason... —sollozaba en ese momento Evelyn, presa de una crisis nerviosa—. ¿Le ha visto, le ha visto, Harry?

—Claro que lo he visto. No era ninguna alucinación. Cálmese, se lo ruego. Debe volver a la finca cuanto antes.

—¿Y usted?

—Me quedaré aquí, junto al cadáver de ese muchacho... o intentaré ver adónde se dirigía su marido...

—No, no, no haga eso, Harry. No se quede aquí. Es un lugar maldito. Vámonos juntos, volvamos a la casa... —suplicó ella, asustada, trémula —. Son demasiadas emociones para un solo día...

—Lo sé. Sin embargo, ese *zombie*, su esposo... me causó una impresión especial. Nos miró, Evelyn. *Nos miró.* Y sus ojos no eran los de Maluba. Era como si estuviese *vivo.* Pero con todo el frío estremecedor y terrible del reino de los muertos... Por un momento pensé que pudiera hablar, decirnos algo...

—No, eso no es posible. Harry —rechazó ella, angustiada—. Los *zombies* no hablan. No piensan. No ven nada más que lo que los hechiceros quieren que vean... Y Jason es un *zombie.* Sólo eso. Tiene que serlo. Yo... yo le vi muerto en aquel ataúd, le vi ser bajado a su tumba...

—Claro. Cálmese, Evelyn. Sin duda fue sólo una impresión. Es todo esto tan horrible, tan aterrador... que creo que estoy alterado. Vamos ya, tiene razón. Es mejor salir de aquí cuanto antes...

Llevó a la joven al *jeep.* Estaba acomodándola, para ocupar él la parte del conductor, ante el volante, cuando giró rápido la cabeza. Ahora si estaba seguro de que *alguien\es* estaba mirando desde el espeso cañaveral que lo circundaba todo.

No vio a nadie. Pero captó un crujido de cañas, chasquidos de pisadas entre la espesura del azúcar. Irritado, soltó una imprecación y corrió hacia las cañas, al tiempo que Evelyn gritaba asustada:

—¡No, no, no vaya, por favor! ¡No me deje sola, Harry!

—Es sólo un momento —aseguró él con voz ronca—. Alguien nos vigila. Y quiero saber quién era, maldita sea...

Apartó violentamente las cañas a su paso, corrió por entre ellas con toda la agilidad posible. Sus ojos se fijaron en las cimbreantes formas que brotaban de la tierra. Captó señales de sangre en ellas. Aceleró un poco más, oyendo los chasquidos de unos pies, al hollar la hojarasca, no lejos de él, ante sí. Un momento después, alcanzaba a su perseguido.

Se detuvo, lleno de horror, mirando al hombre que se había detenido también, girando hacia él un rostro mortalmente lívido y sin expresión. En la mano empapada de sangre, un hacha de hoja ensangrentada, centelleó al ser herida por el sol de la tarde...

—¡Jason Corley! —jadeó Harry, mirando al aparecido—. Es usted... Nos vigila... ¿Qué significa esto? ¿Está realmente *muerto*... o hay otra explicación para todo?

El otro no dijo nada. No movió un músculo. No pestañeó. Realmente, parecía muerto, inanimado. No había expresión en sus ojos, en su gesto. Pero aquel ser destilaba, sin saber Dexter la razón, una malignidad especial, un halo de perversión y de odio casi palpables...

Avanzó decidido hacia él, pese a que el *zombie* seguía empuñando la inquietante hacha ensangrentada que, tal vez, sirviera para decapitar y mutilar a un muchacho poco antes. El cadáver viviente se limitó a contemplarle, arma en vilo, expectante, sin emoción alguna en su rostro lívido.

En ese preciso instante, algo pareció golpear a Harry. Fue algo invisible, violento y poderoso. Una especie de fuerza surgida de la nada, que le impidió llegar hasta Jason Corley y rozarle con sus manos.

Lanzó un grito al sentirse zarandeado en el aire, lanzado a través de éste, como un guiñapo, por aquella fuerza desconocida que no le era posible entender. El impacto contra unas piedras fue tan fuerte, que notó un vivo dolor en su nuca, algo cálido corrió por sus cabellos, y todo le dio vueltas. El sol fue como un destello que lo dominó todo, desde el cielo azul y sin nubes. Luego, esa luz se hizo sombra, y Harry Dexter se quedó inmóvil, hundido en las tinieblas de lo desconocido.

Los ojos de Jason Corley se mantenían fijos en él. La figura del muerto en vida se acercó a él lentamente, el hacha todavía en vilo...

CAPÍTULO IX

Abrió los ojos.

No pareció entender lo que sucedía alrededor suyo. Rostros expectantes se inclinaban sobre él. Reconoció algunos: Lori, Ben, Dulloc, Evelyn... Y algunos negros, un mulato, una gruesa mujer de color...

—Ya vuelve en sí —murmuró con alivio Pierre Dulloc.

—¿Qué... qué ha sucedido? —jadeó Harry, confuso, casi sin reconocer su propia voz en ese momento.

—Algo le pasó en el cañaveral, Harry —musitó Evelyn—. ¿Recuerda? Fue tras hallar el cadáver de Gastón y ver pasar a mi esposo por el lugar...

—Oh, Sí, sí... —susurró Harry, sintiendo un vivo dolor en su cabeza, y notando cómo se le nublaba la vista al hablar—. Él nos vigilaba... Nos acechaba desde el cañaveral... Volví a verlo... Quise quitarle el hacha de las manos...

—¿El hacha? —se sobresaltó Ben Corley—. ¿El cadáver de tío Jason... llevaba un hacha consigo?

—Así es. Un hacha empapada en sangre. No me atacó... Se quedó quieto... como se quedan siempre los *zombies.* Pero algo, no sé el qué... me golpeó. No vi a nadie. Era como una fuerza. Una fuerza llegada de no 9é dónde... Me abatió, me arrojó a tierra y sentí que me golpeaba en las piedras... No recuerdo más...

—Sí, eso debió ocurrirle, por extraño que parezca —asintió Dulloc, sombrío—. El médico le ha visitado. Un joven doctor, que fue alumno del pobre doctor Villars. Dice que se hizo una buena brecha en el occipital, pero que no le creará complicaciones, especialmente si guarda cama un par de días, señor Dexter.

—Dos días en cama... Oh, cielos, no —miró a la ventana y la vio oscura —. ¿Qué hora es, cuánto tiempo ha transcurrido desde que...?

—Son las diez de la noche, Harry —sonrió Evelyn, que aún seguía algo pálida, demacrada por las intensas emociones de aquel horrible día—. Ha descansado todo este tiempo. François, nuestro criado, le encontró allí sin sentido, a poco de apartarse de mí. Le trajo al coche y le trasladamos hasta aquí. Primero me asusté mucho, la verdad...

—Sí, lo comprendo. Fui un necio, no debí ir en pos de ese hombre, su esposo... Hay algo maligno en él, algo insano y horrible rodea a su cuerpo y no sé lo que es... En cuanto a Gastón, ese pobre chico...

Los Corley se miraron, sombríos. Lori habló, acariciando la frente de

Harry:

—No piense ahora en ello, amigo Dexter —se mostraba siempre muy suave y dulce con él la joven Corley—. Su madre se hizo cargo de sus restos. Fue trasladado a Puerto Príncipe. La policía se hizo con el caso y están investigándolo. Creen que fue el mismo asesino de mujeres de la capital, que ahora merodea por aquí y ha cambiado de víctimas...

—¿El sádico? —Harry meneó la cabeza de un lado a otro, dubitativo—. No sé... No lo creo. Hay algo más oscuro, más siniestro y terrorífico en todo esto. Dios mío, si pudiera saber lo que es...

—No se esfuerce o volverá a dolerle la cabeza. Descanse —rogó Evelyn —. Mamá Zenobia le dará ahora un caldo. Luego, tomará un calmante y dormirá hasta mañana. Tal vez entonces se encuentre mejor, mi querido amigo. Y perdone por todo lo sucedido. Yo tuve la culpa, al llevarle de visita por toda la propiedad...

—Usted..., usted no tiene la culpa, Evelyn, de que la finca de los Corley esté maldita — susurró Harry—. Hay en ella algo nefasto, diabólico, que lo domina todo... y ésa si es la raíz de todos los males que está viviendo últimamente... Tenga cuidado, Evelyn. Tenga mucho cuidado. Algo me dice que hay una amenaza que pende sobre usted. Una amenaza que no sé si es de este mundo...

La joven le contempló con repentino terror, pero se dominó, trató de sonreír y acarició sus sienes, bajo la mirada maliciosa de Lori Corley.

—Descanse —rogó dulcemente—. Descanse, Harry. No se atormente más. Estoy segura. No va a ocurrir nada, esté seguro...

Harry Dexter suspiró, cerrando los ojos. Pero en su mente, confusa a causa del dolor profundo que le causaba su herida en la nuca, no podía sentirse absolutamente seguro de nada. Y menos aún de que aquella hermosa criatura, Evelyn, estuviera a salvo de todo peligro mientras permaneciese en aquella casa, en aquel país de hechicería y de poderes ocultos y terribles.

Pero su fatiga y dolor eran tales, que volvió a sumirse en el profundo sopor de antes, apenas la robusta Mamá Zenobia le sirvió un apetitoso caldo y luego ingirió un par de comprimidos para el dolor.

* * *

La cena fue callada y triste. Salvo algún cáustico comentario de Lori sobre el herido, y lo mucho que se preocupaba por la seguridad de Evelyn, comentarios a los que ésta no se dignó hacer caso, preocupada como estaba por otras cosas, poco se dijo en la velada que rompiese el lúgubre silencio de los habitantes de la casa. Ni siquiera el ocurrente y cínico Ben tuvo humor para sus chanzas.

No eran aún las once cuando se retiraron todos a descansar. Evelyn, tras dar las buenas noches a los demás, subió a su alcoba, pero antes asomó a la de Harry, que seguía durmiendo profundamente, con la venda rodeando su dañada cabeza. Mamá Zenobia montaba guardia ante el lecho, sentada en una butaca apaciblemente.

—Descuide, niña Evelyn —dijo con su dulzón acento criollo—. El señorito duerme tranquilo. Puede irse a dormir. Yo cuidaré de él.

—Pero entonces, no va a dormir usted...

La gruesa negra sonrió, moviendo la cabeza.

—No tema —musitó—. Mamá Zenobia puede pasarse semanas enteras sin dormir. Vaya a la cama, niña Evelyn, y déjeme a mí. Yo debo guardar a la gente de esta casa.

Y Evelyn, sorprendida, descubrió entre sus gruesas manos un rosario, un crucifijo plateado y una serie de amuletos unidos entre sí por una serie de cuentas de vidrio. Parecía estar desgranando todo aquello pausadamente, en tanto que reposaba el herido.

—Como quiera. Mamá Zenobia —sonrió Evelyn, saliendo de la habitación de puntillas.

Regresó a su dormitorio, y una vez dentro, cerró puertas y ventanas, asegurándose con el pestillo. Eso la hizo sentir más aliviada. Se desvistió, cubriendo luego su esbelta y turgente desnudez de mujer joven y en plenitud con la tenue seda translúcida de un camisón blanco, satinado. Se miró en el espejo de cuerpo entero, lanzó un suspiro, y luego recogió las prendas, abriendo el armario empotrado para guardar allí sus ropas.

El alarido se heló en su garganta. Un horror supremo e indescriptible se apoderó de su cuerpo y de su mente, agarrotándola y haciendo inútiles sus esfuerzos por chillar. Retrocedió un paso, tambaleante, pálida como un cadáver, los ojos dilatados fijos en el horrendo ser que surgía de su armario, oculto hasta entonces en él...

—Jason... —su voz era casi un estertor, mientras sus rodillas temblaban y le flaqueaba todo el cuerpo, súbitamente invadido por un frío profundo—. Jason, no... No. Dios mío...

Jason Corley, grisáceo y cadavérico, con ojos inyectados en sangre, la boca contraída, alargó sus manos hacia ella, avanzando desde el fondo del armario.

Eran manos engarfiadas, amenazadoras. Manos empapadas aún de sangre seca...

Evelyn no pudo resistir más. Exhaló un grito ronco, ahogado, y se desplomó sobre la alfombra de yute. Quedó allí inmóvil, a pies de su

difunto esposo.

Este se inclinó hacia ella, mirándola con obsesiva, horrible fijeza. Y en los ojos del muerto que caminaba, había una siniestra, maligna luz de odio infinito...

* * *

Abrió los ojos nuevamente.

No supo por qué lo hacía. De pronto, se había despertado. El sopor huyó de su cerebro. Era como si algo le obligara a huir del sueño.

La buena Mamá Zenobia roncaba ruidosamente, dormida en su asiento, la cabeza inclinada sobre su voluminoso pecho. Dexter sonrió. Se sentía mejor, más despejado. Pero una profunda sensación de desasosiego, de inquietud, dominaba todo su ser.

Se irguió en la cama. Puso los desnudos pies en el suelo. El movimiento le produjo un agudo dolor en su herida, pero se dominó. Caminó sigiloso. Vio que la buena mujer había dejado caer de entre sus dedos un rosario de piedrecillas, una cruz de plata y una ristra de pequeños amuletos.

Sonriente se inclinó, pese a sufrir una punzada de dolor en la nuca a causa de ello. Tomó ambos objetos para reintegrárselos a la vieja negra dormida. En ese momento, su mirada fue hacia la ventana casi instintivamente. Fue como si algo le obligara a hacerlo. Algo que no sabía lo que era... Arrugó el ceño. Era visible desde allí el amplio claro en la noche de luna. Al fondo, los cañaverales y la espesura, perdiéndose en la distancia. Una blanca mancha en movimiento atrajo su atención. Cruzaba el claro hacia la caña de azúcar que formaba una selva densa y crujiente en torno a la casa.

Avanzó rápido hasta las vidrieras amplias y limpias. Oteó el exterior, intrigado. La mancha blanca cobró forma ahora. La luz lunar dio de lleno en ella. Harry dominó un grito de horror con dificultades. Crispó las manos, convulso, sin soltar el rosario y los amuletos.

—¡Evelyn! —jadeó—. ¡Es ella! ¿Qué está ocurriendo ahora, Dios mío?

Sí. Era Evelyn. Pudo identificar sus claros cabellos, colgando sueltos, en desorden, sus fláccidos brazos. El cuerpo inerte, en brazos de alguien, envuelto sólo en una liviana prenda de dormir que dejaba al desnudo sus bellas piernas, sus hermosos muslos e incluso parte de los senos.

Y su poseedor, el alto hombre que la llevaba consigo hacia el cañaveral...

Un ramalazo de horror supremo invadió a Dexter. Sintió frío en las venas, un golpeteo helado en su corazón, alfilerazos de terror en su

cerebro.

—¡Jason Corley! —murmuró, despavorido—. ¡Es él, el difunto Corley! ¡Se lleva a su esposa! No, no, eso no puedo permitirlo...

Rápido, abrió la ventana sin vacilar. Mamá Zenobia se agitó en su profundo sueño, comenzando a despertar. Harry, tal como se hallaba, en pijama, saltó al alféizar, midió la distancia al suelo, y se lanzó hacia abajo en un brinco elástico, flexionando sus piernas.

El impacto en tierra fue seco, y conmovió su dañada cabeza, produciéndole un dolor horrible. Pero no había ya dolor en el mundo que frenase sus impulsos. Se controló, recuperó el equilibrio, y echó a correr, no sin antes guardar en un bolsillo de su chaqueta de pijama el rosario y los amuletos de Mamá Zenobia, para no arrojarlos al suelo.

Para entonces, ya Corley, con sus andares rígidos e inquietantes, había desaparecido en el cañaveral, llevando consigo el cuerpo inerte de Evelyn. Dexter, con la angustia dominando su ser, se abrió paso a la desesperada a través del espeso cañaveral que parecía oponerse a su voluntad, aliándose con el muerto caminante.

Nunca supo a ciencia cierta cuánto duró aquella marcha exasperante, arañado y herido por las cañas, con su pijama desgarrado y la sangre manchando su piel en cien rasguños, ni cuántas millas llegó a recorrer, guiado por una desesperación suprema.

Lo cierto es que, de repente, vio ante sí, en otro claro, una cabaña con luz en su interior y la puerta cerrándose suave, lentamente, detrás de alguien que acababa de penetrar en ella.

Confuso, con el corazón agitándose violentamente en su pecho, se detuvo, agazapándose y caminando ahora con el máximo sigilo hacia la edificación aislada y solitaria que se alzaba en aquel lugar. Muy despacio, se pegó al muro, justo al lado de la ventana. Alargó sus dedos, tratando de comprobar si le era posible abrir algo el postigo para ver y oír lo que sucedía allí dentro.

En efecto, la hoja de madera cedió levemente, sin un ruido. Una rendija amarillenta de luz se recortó en la noche de plenilunio sobre el cañaveral. Harry se incorporó poco a poco. Escudriñó el interior.

Y esta vez sí que la sangre se congeló en sus venas.

* * *

Evelyn Corley despertaba en ese momento, para encararse al mayor horror imaginable en toda su existencia.

Apenas alzó los párpados, descubrió el lugar donde se hallaba. Intentó moverse y no le fue posible. Una cadena sujetaba su cuerpo semidesnudo a una gran piedra circular, a modo de altar o ara de sacrificios, que se alzaba

ante una pared negra, iluminada por varias velas encendidas cuya cera goteaba, despidiendo un hedor caliente y mareante. Eran velas rojas, como rojo era el túmulo que las sostenía. En la negra pared, pintados en blanco, había un círculo con una estrella blanca, en cuyas puntas se vislumbraba la efigie de un demonio, y unos símbolos cabalísticos en sus extremidades. Debajo, una cruz al revés, denunciaba claramente el satánico carácter de aquel lugar de pesadilla.

Evelyn recordó que todos esos símbolos eran los del culto a Satán. Siervos del Diablo se reunían allí para celebrar ritos secretos y horribles. Ahora, ella estaba allí sujeta, a merced de alguien...

Alguien que permanecía de espaldas a ella, invocando algo, orando en voz baja, de cara al muro negro, alzando sus brazos, como en plegaria fervorosa al Señor de las Tinieblas, al dios nefasto de los sin-dios. Ese alguien... era una mujer.

Exhaló un gemido ronco. La sacerdotisa se volvió. Unos ojos ambarinos, crueles y fríos, se fijaron en ella.

—¡Sylvie Doré! —sollozó Evelyn—. ¡Es usted...!

La satánica mujer sonrió maligna, asintiendo. Ya no era la mujer educada, sofisticada y afable, la buena vecina comprensiva y amistosa.

—Bien venida a nuestro templo, Evelyn Corley —recitó con voz profunda —. Tus propios errores te han conducido aquí. Fue voluntad de él traerte para el sacrificio. Y será él mismo quien cumpla el ritual, puesto que ése es su deseo, y Satanás, nuestro amo y señor, se lo concede como antes le concedió el privilegio de volver a vivir.

Aterrada, Evelyn vio aparecer, tras una negra cortina, a Jason Corley, cubriéndose con una negra túnica con los símbolos del Diablo. Su rostro no era el inexpresivo de un *zombie*, sino el de un hombre lleno de odio y de maldad.

—Jason... —gimió Evelyn, debatiéndose en vano bajo la cadena—. Ahora lo entiendo... Vives, no eres un *zombie*... nunca lo fuiste... No estás muerto...

—Te equivocas —habló él lentamente, sin dificultad alguna—. Estoy realmente muerto, Evelyn. Pero no como algunos querían. El doctor Villars intentó matarme con una droga, provocando mi colapso cardíaco. Alguien le pagaba por ello. Los dos han pagado ya su crimen. Yo mismo, con mi propia mano, castigué a ambos con la misma pena...

—El doctor Villars... ¡y Gastón! —sollozó la joven, horrorizada.

—Así es, querida esposa —sonrió perversamente Jason Corley—. Sabía que intentarían asesinarme. Y no era por mi dinero, no. Yo conocía el horrible secreto de Gastón, mi supuesto hijo. Callé, mientras creí que

realmente era hijo mío. Luego, un examen clínico me probó que yo... no podía tener hijos. Yvonne, mi primera esposa, me engañó con otro hombre... y nació Gastón. Averiguado ese engaño, ya no tenía por qué proteger a Gastón. Iba a denunciarle a la policía... porqué él, maldito enfermo mental, era el asesino de mujeres de Puerto Príncipe. Tenía las pruebas. Iba a acusarle. Y entonces planearon asesinarme para acallar mi voz acusadora. Gastón y el doctor Villars... Dos canallas unidos en un crimen que no resultó. Porque yo me había anticipado a sus siniestros planes, Evelyn. Había conseguido, de mi buena amiga y guía en el culto secreto a Satanás, la promesa de que nuestro amo y señor, el Diablo, me concedería, al morir asesinado por el veneno, una segunda existencia. Breve, pero suficiente para cumplir mi más soñado anhelo: vengarme de quienes fueran infieles a mi persona y a mi memoria. Por eso volví a la tumba. No, no soy un *zombie,* ni un producto de la magia *vudú* de estas tierras, como todos pensaréis... Soy un resucitado, porque el Diablo me ha concedido esa segunda y corta existencia, más allá del sepulcro. Y en esa nueva existencia, mi mano vengadora acabó con el doctor y con Gastón, utilizando el mismo método que él usó para matar a aquellas desgraciadas.

—Dios mío... Tú los asesinaste...

—No fue un asesinato. Los dos eran criminales sin conciencia. Sencillamente, les pagué en la misma moneda —la sonrisa de Jason Corley helaba la sangre—, Y ahora, tú...

—¡Yo...! —Evelyn sintió que se erizaban sus cabellos, al ver a Jason tomar el hacha sangrante de un rincón—, ¿Por qué yo, Jason? ¿Por qué? ¡Yo no te hice nunca daño alguno!

—No, hasta ahora —sonrió malignamente Corley—. En ausencia mía, trajiste a ese joven y te sientes atraída por él, te abrazas a él, me engañas con tu amor por él...

—¡No le amo! —sollozó ella—. ¡Es sólo mi amigo, un buen amigo!

—Mientes. Yo sé más que otros. Recuerda que, aunque viva, estoy muerto. *Estuve* muerto antes de ahora, Evelyn... y puedo ver en las mentes de los humanos. Sé que es más que amistad. Le amas. Y me serías infiel con él si siguieras viviendo. Olvidarías mi nombre, escaparías de aquí, te unirías a él... No puedo permitir eso, Evelyn. No me iré definitivamente al reino de los muertos sin antes llevarte conmigo, conducirte al infierno que a mí eternamente me aguarda más allá de este mundo...

—¡No, no! —suplicó Evelyn—. Dios no permitirá esto...

—Dios no cuenta nada aquí —replicó sibilante Sylvie Dore—. Satán es nuestro único Dios, y el más poderoso. Es él quien dispone que Jason vuelva a las tinieblas una vez cumplida la misión que solicitó a nuestro amo y señor.

—Condenarás tu alma, Jason... —susurró Evelyn, angustiada.

—No me importa —soltó el una agria carcajada—. Ya estoy condenado por toda la eternidad. Lo estoy desde que acepté mi pacto de ultratumba con Satanás, querida mía. Ahora, ha llegado el momento del supremo sacrificio. No te haré sufrir, ya lo verás, amor mío... De no ser por esos criminales, hubiéramos sido tan felices... los dos juntos en El Delfín, marido y mujer... Pero el maldito veneno lo impidió. Ellos no podían saber que, en cuanto atentaran contra mi vida, me darían esta segunda existencia una vez muerto. Una existencia muy distinta a la mecánica y absurda de los *zombies* de estas tierras, como habrás comprobado...

Se acercó a ella. Alzó el hacha, en cuya hoja se reflejó la luz amarillenta de los rojos velones. Sylvie Doré pronunció entre dientes una letanía ceremoniosa, invocando al Señor de las Tinieblas, su único dios...

Evelyn cerró los ojos, esperando el golpe fatídico, la muerte a manos de un ser demoniaco, que había vuelto de la tumba merced a la voluntad del Diablo, y no por los ritos tradicionales del *vudú* haitiano.

* * *

La ventana se abrió de golpe.

Harry Dexter apareció en ella, con el rostro trémulo, la expresión feroz. Sylvie Lanzó un grito ronco, mirando hacia allá y haciendo signos cabalísticos con sus manos, como invocando al temible Enemigo.

Un rugido de cólera escapó de labios de Jason Corley, que se enfrentó, hacha en ristre, al recién llegado.

—¡La fuerza de Satán te arrojó lejos de mí hoy mismo! —bramó el resucitado—. ¡Y ahora será esa misma fuerza la que acabe contigo, maldito entrometido! Ya estarías muerto, de no haber llegado François tan a tiempo esta tarde...

Avanzó hacia él con el hacha a punto para golpear. Evelyn gritó su nombre patéticamente, desde el altar de diabólicos sacrificios al señor del Mal.

—¡Harry, Harry querido, gracias a Dios! ¡Sálvame! ¡Pero guárdate de ellos, que son siervos de Satán!

—Lo sé, Evelyn —miró a Sylvie y a Jason, agazapado, con ojos llameantes—. Veremos si esto les detiene...

Y su mano crispada extrajo del bolsillo del pijama el rosario de cuentas de vidrio de Mamá Zenobia, la ristra de amuletos... y los agitó ante el rostro cadavérico del hombre que pactara con el Diablo su retorno de entre los muertos.

Corley lanzó un terrible alarido al verse ante la cruz de plata que colgaba del rosario y ante la sarta de amuletos de la negra Zenobia. Fue como si esas dos prendas unidas causaran un terrible dolor a su persona o a su alma, porque se encogió, dejando caer el hacha, y se llevó las manos a los ojos para cubrirse y no verlos.

—¡Aparta, aparta eso de mí! —bramó, exasperado, retorciéndose—. ¡Esos objetos...!

¡Sylvie, esos objetos...! ¡Están mojados de agua bendita, los han pasado por el agua de una iglesia! ¡Apártalos, no puedo más...!

Sylvie, crispada su expresión, se precipitó hacia Harry para obligarle a apartar de Corley aquellos amuletos al parecer dotados de fuerza suficiente para desafiar los oscuras fuerzas del Mal. Ella misma tuvo que retroceder ahora, cuando desde la puerta de la choza llegó una voz orando en tono alto, solemne:

—Padre nuestro que estás en los cielos... santificado sea Tu nombre...

Giró la cabeza, asombrado, Harry Dexter. Allí estaba Mamá Zenobia y varios negros, arrodillándose y persignándose mientras la oración brotaba de sus gargantas. Sus voces, sus oraciones, el hecho de que varias cruces aparecieran en sus manos, y los rosarios desgranasen sus cuentas entre los negros dedos fervorosos, pareció señalar el destino definitivo de Jason Corley.

Se desplomó sobre el pavimento, sacudido por terribles espasmos, y su cuerpo fue encogiéndose, tornándose grisáceo, hasta quedar inmóvil, horriblemente descompuesta en parte su faz y sus manos... como podría empezar a estarlo un cadáver que llevase ya una larga semana sin vida. De sus ojos se deslizaron regueros de un fatídico humor verdoso y purulento...

Sylvie se apartó del grupo de negros y de Harry, lívida y estremecida. El joven depositó las prendas sagradas sobre el altar de sacrificios, y fue rápido hacia la hermosa y extraña mujer, para aprenderla.

Ella no se dejó. Alcanzó un largo estilete que reposaba al pie del muro cubierto por las inscripciones diabólicas… y lo sepultó con rapidez y energía en su pecho, hasta la empuñadura.

Se volvió, con triunfal sonrisa, hacia Dexter. Tambaleante, se apoyó en el negro muro susurrando:

—No me cogeréis con vida para juzgarme como a una... bruja... Me voy con... con mi señor... Satán...

Se desplomó sin vida, con una mueca de odio y, maldad en su rostro. Harry la contempló sombrío, mientras desprendía las cadenas que ligaban a la joven Evelyn.

—Su alma se ha perdido también para siempre, como la de Jason Corley, en la oscuridad de su condena eterna —susurró—, Dios, yo que nunca creí en estas cosas... debo presenciar el triunfo de Dios y de la Cruz sobre el Enemigo...

Evelyn, al soltarse de sus ligaduras de hierro, se abrazó, temblorosa, a su salvador. Todo su cuerpo sufría espasmos de terror y también de emoción contenida.

—Harry, Harry... —susurró—. Me iré de aquí para siempre... No quiero nada de Jason... ni de estas tierras... No. no quiero nada... Me iré lejos...

—Sí, Evelyn —asintió él, apretándola con fuerza—. Y yo iré contigo adonde sea... A un lugar donde olvidemos esto para siempre...

Se abrazaron fuertemente, casi con rabia. Sus bocas se unieron. Mamá Zenobia se persignaba, sonriente, con su grupo de amigos y hermanos de raza, y mirando a la joven pareja musitó:

—Suerte que se trajo usted mi rosario y mis amuletos, señorita... Estaban bendecidos en la iglesia... y los había pasado incluso por el manto de Nuestro Señor... También la Virgen los bendijo durante una ceremonia *vudú*... Al marcharse usted de su dormitorio me despertó. Tuve miedo y llamé a los demás, para seguirle por los cañaverales, hasta esta choza de la señora Doré...

—Gracias, Mamá Zenobia —sonrió Evelyn, emocionada—, Creo que tu fe nos ha salvado a todos... La magia de estas tierras, después de todo, no siempre es mala.

Y miró a Harry dulcemente, apretándose a él.

—Nos iremos ahora mismo a Puerto Príncipe —susurró él—. Y mañana... a cualquier parte, adonde tú digas.

—Sí, Harry. Adonde tú digas... —rectificó ella tiernamente.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

El hecho es sólo una leyenda que se conserva en Haití, naturalmente. *(Nota del Autor)*

[←2]

Los dos casos que cita aquí el personaje, son absolutamente verídicos, comprobados por los investigadores de casos de *zombies* en Haití, y registrados de modo oficial en la propia capital del país. *(N. del A.)*